

PUNTO

ROJO



B&B

HA GRITADO UN CADAVER

tom argo

HA GRITADO UN CADAVER

TOM ARGO

**HA GRITADO
UN CADAVER**

**1.^a EDICIÓN
OCTUBRE - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 20.640 - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© TOM ARGO - 1962

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

N. R. 4581/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Ha gritado UN CADAVER

por TOM ARGO



CAPÍTULO PRIMERO

El comandante Norton, de las Fuerzas Aéreas Americanas, se colocó en el centro del despacho y observó a los presentes, no superiores a la veintena. Luego, con voz pausada, de inflexiones graves, comenzó a decir:

—La prueba que vamos a presenciar dentro de unos minutos es de vital importancia para nuestra aviación y para el país entero. Hemos trabajado durante muchos años y esperamos haber acertado plenamente. Mis colaboradores —y señaló a un grupo de oficiales con un amplio movimiento de manos—, saben cómo empezó el proyecto. Ustedes —y abarcó con la mirada a los miembros gubernamentales— también poseen los datos precisos. No es necesario, por tanto, hacer historia. No obstante, a raíz del éxito fabuloso del «Nautilus», primer submarino atómico, mis compañeros y yo nos preguntamos: «¿Por qué no construir un avión atómico?». Hemos trabajado en el empeño y hoy podemos sentirnos orgullosos al ofrecer a nuestra patria el resultado de tantas horas de trabajo.

Guardó silencio. Los reunidos comenzaron a cambiar impresiones en voz baja. En ellas predominaba el convencimiento de que el paso que iban a presenciar significaba, ni más ni menos, la hegemonía en el aire de los Estados Unidos. No existía país alguno que dispusiera de aviones atómicos. Si la prueba era satisfactoria, todas las fábricas de la nación comenzarían a producirlos en serie.

En un rincón, un tanto ajenos a lo que allí se trataba, había dos hombres, ambos jóvenes. El mayor, de unos treinta y dos años, alto y delgado, pero fuerte, de pelo castaño y pequeños ojos negros, fumaba con aire nervioso. El otro, quizá tan alto como su compañero, pero más joven —alrededor de los treinta— le

observaba con sus ojos castaños. Era moreno, de complexión fuerte y facciones correctas.

—Estás nervioso —dijo a su amigo, que arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisó.

—Un poco —admitió—. No me gusta el trabajito que nos ha tocado en suerte, Alan.

El joven hizo un gesto de desdén.

—No te apures, Noel. Todo va saliendo a pedir de boca. Nos dijeron que vendrían dieciocho observadores y aquí los tienes. No ha habido «infiltración» de ninguna clase.

Noel pareció no hacerle caso. Sacó un nuevo pitillo y lo encendió. Al hacerlo, Alan vio que le temblaba ligeramente la mano.

—¿Te ocurre algo? —preguntó.

—Ya te lo he dicho. No me gustan estas misiones...

Alan guardó silencio. Encontraba raro a Noel Plowman. Pese a que le conocía poco, era la primera vez que le, hallaba en semejante estado de ánimo.

Mientras, Norton estaba comunicando que la prueba tenía carácter privado. Si salía bien, entonces sería llegado el momento de hacerla pública. Añadió que era preciso evitar en lo posible la acción de los elementos subversivos, que siempre estaban a la caza de cualquier documento, para luego venderlo al mejor postor.

En una palabra, el comandante se curaba en salud respecto a los espías. No olvidaba que durante las pruebas del «Nautilus», en la bahía de Groton, la policía federal vióse obligada a desplegar todas sus fuerzas disponibles. Aun así, varios sujetos de profesión nada clara habían caído en sus manos.

El ayudante de Norton, un capitán de cabeza pequeña como un ajo y gestos de estudiada prosopopeya, comenzó a dar los datos relativos al nuevo avión, tales como velocidad máxima que le era dado alcanzar, altura, libertad de mando, etc...

Cuando hubo terminado, Norton se hizo cargo de la palabra una vez más:

—Seguidamente, van a presenciar ustedes en la pantalla todo cuanto concierne al funcionamiento del avión. Mi ayudante contestará a las preguntas que se le formulen.

A una señal suya, la estancia quedó sumida en la oscuridad. Un

proyector reflejó las primeras imágenes en la pared. Propiamente no eran tales, sino croquis en los que, etapa por etapa, se estudiaba la construcción del aparato.

Noel había encendido un nuevo cigarrillo. Tenía el encendedor en la mano y lo sopesaba una y otra vez. En seguida, volvía a encender el cigarrillo.

Alan le veía hacer con el rabillo del ojo. Tampoco a él le gustaba el trabajo, pero se había resignado. No era para que Noel tuviera tal estado de nervios. Claro que, se dijo, todo podría ser debido a asuntos particulares.

Se prometió sonsacarle cuando hubiesen terminado y centró su atención en la pared y en las explicaciones del capitán.

—Aquí tienen ustedes —decía en aquel momento—, el croquis del reactor nuclear atómico. Va colocado en el fuselaje y lleva, como ven, unas turbinas de propulsión. Al lado, aquí, a la izquierda, se ve el engranaje de reducción, que es el que regula el funcionamiento de las turbinas...

Alan se abstraía. Los tecnicismos, aparte de no entenderlos, le cansaban. En cambio, Noel parecía muy interesado. Había prendido un nuevo cigarro.

Su compañero calculó que debía de ser el octavo o noveno desde que entraran en la habitación.

—¿Te interesa?

Noel semi volvió la cabeza.

—¿Eh?

—Pregunto si te interesa.

—No. Apenas entiendo.

Había terminado la exposición de croquis. La luz se hizo y el comandante Norton se enfrentó una vez más a los reunidos.

—Ya poseen ustedes una base sólida en cuanto al funcionamiento del aparato. Ahora pasaremos a la torre de control. La prueba va a comenzar.

Alan y Noel quedaron rezagados. Al salir, un sargento se les unió.

—¿Alguna novedad?

Alan denegó.

—Todo marcha bien, sargento.

—Ya saben, avísenme en cuanto noten algo raro.

—Lo haremos.

El militar se alejó hacia el grupo, que ascendía a la torreta de control. Alan y Noel siguieron el mismo camino. Una vez arriba ocuparon el ala derecha. Abajo, al comienzo de la pista, el nuevo avión atómico se preparaba para levantar el vuelo.

Era un trabajo el de Alan y Noel comprometido. Además, el ser designados revelaba que los superiores tenían confianza en ellos. Sin embargo, pese a todo esto, Alan Nalder no estaba satisfecho, no podía estarlo, pues aquel servicio se apartaba de lo que siempre soñó.

Desde que ingresase en el Federal Bureau, una vez aprobado el curso en Quántico, con un número magnífico, pensó que le encargarían casos de envergadura. Pero no había sido así. Todo lo contrario. Vigilar y vigilar, siempre lo mismo.

El inspector Boland se lo había dicho días antes, cuando le comunicó que estaba designado para asistir a la prueba privada del avión atómico. Todavía recordaba sus palabras: «Quieres ir demasiado de prisa, muchacho, y eso resulta contraproducente».

Quizá llevara razón, pero se negaba a admitirlo. Era joven, sentía verdadera vocación por su cargo y no se resignaba a pasar sus mejores años condenado poco menos que al ostracismo.

Ser agente del

F. B. I.

no se reducía a vigilar posibles infiltraciones de espías. La organización, desde muchos años antes, se las había de ver con peligrosos criminales, sectas organizadas casi militarmente.

Pero aquellos casos quedaban encomendados a otros, más veteranos que él, era cierto, pero no mejores.

Dejó el curso de sus ideas a un lado y se dispuso a contemplar el vuelo. Noel acababa de encender otro cigarrillo. Parecía más tranquilo, pero continuaba sopesando el encendedor con la mano derecha.

Era un mechero corriente, plateado, representando una especie de cajita de música.

Noel Plowman estaba en condiciones similares a las suyas. No obstante, creía recordar que intervino en algunos asuntos de cierta envergadura. No lo sabía a ciencia cierta, pues su compañero no se denominaba por lo comunicativo. Al contrario, apenas hablaba más

que lo imprescindible.

El avión se deslizaba por la pista velozmente. A mitad de ella, remontó el vuelo y se perdió al poco entre las nubes.

—Ahora comprobarán ustedes su velocidad —dijo el comandante Norton.

En efecto, instantes después se hizo visible. Volaba a escasos metros y pasó como una exhalación ante los presentes.

Hubo ligeros murmullos de asombro.

—¡Es magnífico! —exclamó alguien.

Los comentarios se reprodujeron en seguida, pues de nuevo el aparato tornó a pasar como un meteoro.

Durante media hora permaneció en el aire demostrando lo que era, capaz de hacer. Al cabo de este tiempo fue avisado el piloto para que tomase tierra.

Siguió a continuación un pequeño coloquio. Los enviados del Gobierno formularon algunas preguntas, todas las cuales fueron contestadas por Norton y sus ayudantes.

El acto finalizó con la marcha de los representantes gubernamentales.

Alan y Noel, momentos después, siguieron el mismo camino. Durante el trayecto apenas cambiaron alguna que otra palabra. Una vez en Gettisburg, mientras se dirigían a la estación para tomar el tren que les llevarían a Filadelfia, Alan observó:

—Te encuentro preocupado, Noel.

El aludido ya no fumaba. Miró a su compañero y terminó por encogerse de hombros.

—No me ocurre nada... Un pequeño dolor de cabeza.

—Necesitas unas vacaciones —aventuró Alan.

El otro sonrió.

—Hace un par de días que terminé de disfrutarlas. Apenas llegar me encomendaron este trabajito. Ya estaba designado con anterioridad, hará mes y medio, cuando la prueba de hoy hubo de suspenderse.

Alan ignoraba el detalle del aplazamiento. El había sido designado dos días antes.

—Vendrán mejores. Aunque tú no puedes estar quejoso. Por lo menos, ya has intervenido en algunos asuntos interesantes. En cambio, yo...

—Según a lo que llames interesante —le cortó Noel—. No he hecho nada de particular hasta ahora.

Llegaron a la estación. Minutos después viajaban en tren hacia Filadelfia. Al día siguiente, apenas llegar, Noel se encargaría de visitar al inspector Boland y comunicarle que la prueba se había llevado a efecto sin novedad.

CAPÍTULO II

Alan abrió los ojos poco a poco y volvió a cerrarlos, heridas sus retinas por la vivísima luz solar que penetraba por el balcón. Cuando se hubo habituado a la claridad, consultó el reloj.

Lanzó un grito de asombro y se tiró de la cama. Eran pasadas las diez. Tenía el tiempo justo para arreglarse y pasar por el despacho del inspector Boland.

Tras de afeitarse, se colocó la camisa y buscó en el cajón de la mesilla unos gemelos.

En aquel instante sonó el timbre del teléfono. Fue hasta él y lo descolgó.

La voz inconfundible de Fred Boland llegó desde el otro extremo.

—¿Eres tú, Alan?

—Ahora mismo iba a salir, inspector —repuso, creyendo evitar así la reprimenda de su superior por el retraso.

—Te espero dentro de cinco minutos.

Por el matiz de la voz dedujo que algo pasaba.

—¿Puede adelantarme detalles, señor?

—¡Ven inmediatamente!

Se oyó el golpe del inspector al colgar. Alan, un tanto serio y pensativo, terminó de vestirse y se lanzó a la calle.

El joven no era dispendioso. Claro que tampoco caía en el extremo opuesto. Pero el parco sueldo de servidor de la Ley no le permitía hacer uso de ciertos medios de transporte, como los taxis. Sin embargo, en aquella ocasión no lo dudó.

Doce minutos más tarde los nudillos de su mano entraban en contacto con la jamba de la puerta, sobre la cual se leía el nombre del ocupante del despacho.

Al obtener el consentimiento, giró el picaporte y entró.

El inspector Fred Boland era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de talla mediana, fuerte contextura y blanca cabellera. Sus ojos grises miraban con extraordinaria fijeza, dando la impresión de que era un observador minucioso.

Alan entonó un «*mea culpa*».

—Perdone que me haya...

Boland, con voz autoritaria, le cortó:

—Siéntate.

Lo hizo frente a él, sin dejar de mirarle.

—Siento curiosidad por conocer lo que ocurre, inspector.

El rostro de Boland se había ensombrecido. Una gran arruga cruzaba su frente en sentido horizontal. Además, sus ojos poseían un brillo especial, como si una extraña luz ardiera en su interior.

—Se trata de Noel —dijo, y se detuvo como si buscara las palabras que iba a emplear.

Alan guardó silencio.

—Ha muerto —anunció, al cabo, con voz hueca, sin inflexiones.

El agente abrió los ojos.

—¡No es posible! ¡Ayer, cuando le dejé, estaba perfectamente bien!

—Así es. Noel ha muerto... asesinado.

La revelación talló en el semblante de Alan un gesto de estupor, de incredulidad. Resultaba difícil creerlo, máxime cuando le había visto doce horas antes.

—¿Asesinado? —acertó a decir.

—Esta madrugada, apenas hace dos horas, lo encontraron en el río Delaware acribillado a balazos.

Alan parecía haber perdido el habla. Le costaba trabajo admitir la muerte de su compañero.

Fred Boland continuó hablando:

—Estoy esperando el informe del forense, pero todo parece indicar que lo balearon una hora antes de arrojarlo al río... Tú fuiste el último en verle, Alan. Quizá observaras algo que pueda servirnos de ayuda.

El joven esbozó un gesto dubitativo.

—No sé. Es difícil precisar, señor. Comprenda que no podía esperar nada semejante. Además, hablamos muy poco.

—No obstante, ¿no le notaste... raro?

—Pues... quizá. Ahora que recuerdo, Noel parecía más serio que de costumbre, como si estuviese apesadumbrado. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

—¿Le preguntaste qué le pasaba?

—Sí. Sus respuestas fueron evasivas. Al parecer, estaba algo molesto por el trabajo que le habían encargado. Regresamos juntos y nos despedimos en la misma estación.

Boland se puso en pie, introdujo las manos en los bolsillos de la chaqueta y paseó por el despacho.

—¿No recuerdas nada más?

—Poca cosa. Al verle tan pensativo, le dije que debería tomarse unas vacaciones y me contestó que acababa de regresar de ellas hacía dos días.

—Es cierto. Yo también le encontré preocupado cuando vino a reincorporarse. Sin embargo, tampoco quiso decirme nada. Como desde hacía casi dos meses estaba nombrado para asistir a la prueba, decidí enviarlo.

Sonaron unos golpes en la puerta. Llegaba un emisario con el informe del forense. Boland lo leyó.

—Lo que me temía. Todo concuerda.

Se llegó hasta la mesa, dejó el informe sobre la madera y se encaró con Alan, que seguía atentamente sus movimientos.

—El agente Plowman, un mes antes de tomar sus vacaciones, estuvo investigando en «Blue Harrys», un *cabaret* de segundo orden. Desde hacía tiempo veníamos recibiendo noticias de que se desarrollaban actividades un tanto extrañas. Plowman, cómo te he dicho, fue designado para que estableciese contacto con el propietario. Lo hizo así, pero nada descubrió. Vinieron luego las vacaciones, por llamarlas de alguna manera, ya que, en realidad, Plowman fue a comprobar cierto indicio que podía servir para encontrar el buen camino. Pero tampoco logró nada.

—Lo cierto es que alguien tenía mucho interés en suprimirle, inspector. Y ese alguien, sabiendo lo que investigaba Noel, tiene que estar relacionado con el asunto del *cabaret*.

—Me lo hubiera comunicado.

Alan sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Posiblemente, no. A veces, cuando no se posee seguridad,

conviene guardar silencio. A Noel pudo ocurrirle eso. Descubrió una leve pista, al menos ése sería su pensamiento, pero se trataba de una pista capaz de dar la clave del enigma. Y el interesado o los interesados acabaron con él.

Era una posibilidad digna de tener en cuenta, porque, de otra manera, ¿cómo explicar el asesinato?

—Quizá no vayas muy descaminado, Alan —murmuró el inspector—. De todos modos, hay otros muchos puntos que conviene tener presentes. Uno de ellos, la vida privada de Plowman. Nada sabemos de ella.

—Era muy reservado.

—Desde luego. He charlado con los que decían ser sus mejores amigos, pero nada interesante me han dicho. De momento, ya di órdenes para que varios agentes investigaran sin llamar demasiado la atención.

—¿Y ese *cabaret*?

Boland tomó asiento con aire cansado.

—Quería hablarte de él. No debemos perderlo de vista. Tú te encargarás de meter las narices allí.

El joven sonrió. Aquel trabajo le gustaba. No podía decirse que fuese de los que proporcionan laureles, pero cabía que se equivocase. La muerte de un miembro de los federales no podía quedar impune, mucho menos en las circunstancias en que había sido perpetrada. Era natural que tras ella se ocultase algo.

Alan se dijo que, al fin, iba a llevar la responsabilidad en un asunto de cierto interés.

—Estoy dispuesto, señor.

—Te dejo en libertad de acción en cuanto a la manera de proceder. Ahora bien, si me admites un consejo, procura pasar inadvertido. Eres un cliente más, uno de tantos, que acude con cierta frecuencia a tomar una copa. Si te vieras en situación comprometida, procura eludirla. Y por nada del mundo delates tu condición de agente federal. Si la muerte de Plowman partió de allí, tú serías la próxima víctima.

—Llevaré cuidado.

—Bien. Comienza a trabajar cuanto antes. Mientras no descubras algo es preferible que no vengas por aquí.

Alan se puso en pie. Boland le secundó y fue a acompañarle

hasta la puerta. Allí le estrechó la mano y le hizo la última recomendación.

—Lleva cuidado, muchacho. Ya sabes que no se debe ir muy de prisa. Por lo menos, en nuestra profesión.

Una vez en la calle, Alan se dijo que, aun dentro de la desgracia por la muerte de Noel Plowman, estaba de suerte. Acababa de presentarse una oportunidad en su carrera y tenía el firme convencimiento de que sabría sacarle partido. Se daba cuenta que era un paso muy importante el que iba a dar si todo salía a medida de sus pensamientos.

Echó a caminar por la acera, pensando en la tarea que le aguardaba.

—¡Eh, Alan!

Volvió la cabeza. Un «Dodge» último modelo había parado junio al bordillo. La autora de la llamada era una joven.

Al ver que Alan reparaba en ella, se apeó. Era una escultura viviente. De silueta esbelta, cuerpo macizo, airoso, piernas magníficamente moldeadas, llamaba la atención. Por si fuera poco, la mata de pelo negro enmarcaba un óvalo tan perfecto que uno no sabía qué admirar, si los grandes ojos verdes, de un verde esmeralda purísimo, o la boca, de trazo perfecto.

Alan se llegó hasta ella.

—¿Qué haces aquí, Dorys?

La joven, pues apenas tendría más de veintitrés años, le recibió con una encantadora sonrisa.

—Vine a buscarte —dijo—. Ayer te estuve esperando cerca de una hora.

—Tuve que hacer un viaje.

—Lo sé. El inspector Boland me habló sobre el particular. Es un hombre muy agradable.

Alan se encontraba siempre incómodo junto a Dorys. Era una sensación indefinida. No podía evitarla, pese a sus esfuerzos. Claro está que Dorys no se daba cuenta. Sin embargo, algo intuía.

—Tengo mucho trabajo, Dorys. Has llegado en mal momento.

La joven hizo un gracioso mohín.

—¡Qué lástima! A pesar de todo, puedo llevarte en el coche. Anda, sube.

El agente no se movió. El coche era otra de las cosas que le

molestaban, sin saber el por qué. Simplemente, le parecía de poco efecto ser visto en compañía de Dorys, una de las mayores fortunas de Filadelfia y, por supuesto, de todo el Estado.

—Prefiero caminar —se disculpó.

Esta vez, ella se enfurruñó.

—¿Qué te pasa conmigo, Alan? No eres como los demás muchachos. Cualquiera daría cuanto posee porque yo le fuera a buscar. En cambio, tú...

—Tienes razón. Perdóname. A veces resulto demasiado brusco. No lo puedo remediar.

—Bueno, si quieres ir andando, ¿me dejas que te acompañe?

Echaron a andar. Dorys era un poco más bajá. Su espléndida figura, la forma de caminar atraían las miradas masculinas.

Alan recordó las circunstancias en que la había conocido. Fue medio año antes, en ocasión de una fiesta en el curso de la cual serían presentadas las más valiosas colecciones de joyas del país. El y algunos compañeros más fueron designados para evitar cualquier intento.

La mejor sociedad de Filadelfia estaba presente, Dorys vestía un traje de noche verde botella sencillamente maravilloso. Alan encontró que era la muchacha más hermosa de la fiesta, la más hermosa de cuantas había conocido. Hablaron por espacio de una hora. Se hicieron amigos.

Días más tarde, el joven se enteró de todo cuanto se relacionaba con ella. Dorys era hija única. Su padre, senador, poseía inmensas plantaciones, amén de un centenar de pozos de petróleo. Los abuelos habían desempeñado cargos importantes, tales como alcalde y gobernador respectivamente.

Por contra, él provenía de una familia de escasos recursos. Hijo de agricultores, se enroló en el Ejército a temprana edad, pasando luego a la Academia de Quántico, donde cursó las enseñanzas de agente federal.

Dorys le gustaba. ¿A quién no le gustaría una beldad como ella? No obstante, se prometió a sí mismo dejarse de sueños y quimeras. Estaba en la tierra y nunca podría alcanzar las estrellas. La muchacha no se había hecho para él.

Poco después, Dorys debutó como periodista. Una excentricidad de millonaria, pensó él, de la que pronto se cansaría. Sin embargo,

hasta ahora, continuaba en la profesión, y hasta había tenido algunos éxitos.

Se encontraron por segunda vez con motivo de cierto accidente. Un avión militar se estrelló en circunstancias extrañas, y él fue designado para investigar, a la vez que Dorys lo era para informar.

A partir de entonces, ella acudía a buscarle casi a diario.

Alan se daba cuenta de su interés, pero no lo tomaba muy en serio. Dorys era una millonaria como había muchas. Se encaprichaban de algo o de alguien y, en tanto no lo conseguían, era inútil pretender alejarlas.

De ahí que se encontrase desconcertado ante la joven y que no se atreviera a decir más que lo imprescindible.

—¿Ocurre algo, Alan? Te encuentro pensativo.

El agente la miró. Le gustaba encontrarse con aquellos ojos verdes, a la vez que los temía.

—No es nada de particular. Cosas mías, ¿sabes?

Pasaban frente a una cafetería.

—¿Quieres tomar una copa?

Tomaron asiento ante una mesa apartada, lejos del bullicio de la calle.

—¿Cómo van tus artículos, Dorys?

—Francamente bien. Figúrate, me han aumentado el sueldo. Y dentro de poco me darán más.

¿Qué podía importarle a ella si le aumentaban o no el sueldo? El, sin embargo, no podía decir lo mismo. Un mínimo aumento habría representado un paso hacia adelante.

—Me alegro. Siempre dije que eras una chica muy inteligente.

—Me gusta esta clase de ocupación, Alan. Creo que la mujer en el periodismo puede aspirar a los mismos triunfos que el hombre.

—Seguramente —admitió—. Sin embargo, no sólo es cuestión de inteligencia, sino de tenacidad.

—¿Piensas que me cansaré?

El joven, en efecto, había querido insinuarlo.

—No, no —se apresuró a mentir—. Era un comentario. Te repito que tengo plena seguridad en ti. Llegarás muy lejos.

—Ahora tengo en preparación un reportaje estupendo —habló ella con entusiasmo—. No va a ser fácil que lo consiga, pero no cejaré. Se trata de entrevistar al famoso profesor Folker Walzer, que

recientemente sufrió un percance.

Alan no conocía al susodicho profesor, ni tampoco estaba enterado de su percance. Escuchaba a la joven de forma maquinal, pues tenía el pensamiento ocupado en preparar su entrada en el *cabaret*.

Dorys había interpretado su silencio en el sentido de que no estaba al corriente.

—¿No sabes quién es el profesor?

Alan tuvo que esforzarse para no perder el hilo de la charla.

—He oído algo acerca de él. En realidad, poca cosa.

—Walzer está considerado como uno de los mejores científicos mundiales. Hace un par de meses consiguió escapar de Europa de un campo de concentración y, luego de muchas penalidades, pudo llegar a los Estados Unidos.

—Ya.

—Figúrate si será interesante hacerle una entrevista.

—Has dicho que tuvo un accidente, ¿no?

—Sí. Hace dos semanas. Su coche chocó contra un camión y sufrió graves quemaduras. Le han internado en una clínica particular y no dejan pasar a nadie.

—Estoy seguro de que tú conseguirás verle, Dorys.

—No pierdo las esperanzas. Si no quiere recibirme por las buenas, recurriré a cualquier treta.

El joven se puso en pie y dejó un billete sobre la mesa.

—Debo irme ya —dijo.

Dorys esbozó un gesto de desencanto.

—¡Había pensado que podríamos comer juntos, Alan!

—Lo siento, pero tendrá que ser otro día.

—Siempre tiene que ser otro día —se quejó—. Cuando se trata de mí, nunca dispones de tiempo.

Abandonaron el local.

—¿Quieres que te deje en alguna parte? —se brindó él.

—Iré por el coche.

La acompañó y la ayudó a montar.

—¿Cuándo volveré a verte, Alan?

—No lo sé. Voy a estar muy ocupado. Y tú también lo estarás si deseas ver a ese profesor.

—Vendré a buscarte —prometió la muchacha.

Puso el coche en marcha y se perdió a lo largo de la calle Callowhill.

Alan tomó el camino de su domicilio. Disponía de toda la tarde para preparar el plan a seguir. Aquella misma noche haría una visita al *cabaret*. Y le interesaba, tal como dijese el inspector, pasar inadvertido.

CAPÍTULO III

«Blue Harris» no era, ni más ni menos, que lo que había dicho el inspector Boland: un *cabaret* de segundo orden, quizá muy de segundo orden. La sala, a la que se llegaba después de cruzar un corto vestíbulo, era de grandes proporciones. A la derecha, ocupando todo el panel, se hallaba el bar. En la pared del fondo, un tabladillo desde el que cinco negros atronaban con sus estridencias. El resto, mesas y más mesas con un pequeño claro entre ellas. Aquel claro, según los asiduos, recibía el pomposo nombre de «pista de baile». Frente al bar se abría una pequeña puerta, vigilada por un tipo con cara de mochuelo.

Su entrada en el local no despertó interés en nadie. Se llegó al mostrador, pidió un «*gin*» y examinó con aire aburrido a las personas que le rodeaban: tipos vestidos como él, incluso peor; trabajadores del muelle, vocingleros y gesticulantes; mujeres pintadas y embutidas en breves vestidos, practicantes del oficio más antiguo; todo el ambiente, en suma, de un lugar como «Blue Harris».

La orquestina negroide inició los compases de un ritmo moderno y vertiginoso, y la pista se pobló de parejas.

Bebió a sorbos de la copa y oleó el local con disimulo, tomando buena nota de cuanto veía. No le pasó inadvertido el detalle de la puerta, ni tampoco la guardia que montaba el sujeto con cara de mochuelo.

Alan tenía ideas propias. Sin embargo, en aquella ocasión, se ceñía a cuanto le dijese el inspector, pues consideraba que era la única forma de comenzar las gestiones. Su presencia allí no debía extrañar. Esto, en principio, estaba conseguido. Más tarde acostumbraría a la gente a verle con cierta frecuencia, hasta que

llegasen a considerar que era uno más de los habituales del tugurio.

—¿Me das fuego, chico?

Se volvió. Una de las mujeres, ni más vieja ni más joven que cualquiera de las otras, exhibía un cigarrillo entre los dedos.

Alan prendió un fósforo y dejó que la otra encendiera.

—¿Te aburres? —preguntó ella.

El joven se encogió de hombros.

—He venido a tomar una copa.

Aquello era tanto como despedirla. La mujer lo entendió así, ya que le echó el humo al rostro y comentó:

—Está la bolsa floja, ¿eh, chico? No te apures. Cualquier noche me encontrarás aquí.

Y se alejó taconeando con estudiada afectación.

El agente pidió una nueva copa. Le disgustaba permanecer a la expectativa, pero no había más remedio. Claro que, bien vistas las cosas, ¿por qué no echar un vistazo a lo que había tras la puerta vigilada?

Dejó una moneda sobre el mostrador y avanzó por entre la gente hasta tropezar con la mujer que poco antes le pidiera lumbre.

No se extrañó lo más mínimo. Debía creerse bonita, capaz de volver loco al tipo más trotamundos.

—Hola, chico. ¿Te animas?

Alan la tomó de un brazo.

—¿Quieres toma una copa?

—¡Qué preguntas haces, chico!

La llevó hasta una mesa cercana a la puerta y la indicó que se sentara. Miró en derredor y se inclinó hacia ella.

—Si no le gusta aquí, podemos subir —y señaló la puerta.

En el rostro pintado se marcó un gesto de extrañeza.

—¿Subir, a dónde?

—Arriba. Creo que hay reservados.

La mujer soltó la risa.

—¡Te han engañado, chico! Aquí no hay más reservados que los que ves.

Alan adoptó una postura estúpida. Se dejó caer en la silla, junto a la mujer.

—Pues me habían dicho que...

—Se nota que eres nuevo.

—Entonces, ¿a dónde diablos lleva esa puerta?

—Al despacho del dueño —dijo, no muy segura, para cambiar de tono y añadir—: Pero no debes apurarte por lo de los reservados —se inclinó sobre él y le musitó al oído—: Tengo un sitio estupendo.

El camarero hizo acto de presencia.

—¿Qué va a ser?

Cuando se hubo alejado, Alan tomó la palabra.

—¿Cómo te llamas?

—Katy. ¿Y tú?

—Raf.

—Nos divertiremos, Raf. Eres un chico con el que da gusto tratar.

—Está bien. Podemos beber unas copas y bailar. Luego iremos a conocer ese sitio.

Katy era lo que estaba deseando. En especial, beber. Llevaba muchas horas sin probar bocado y se decía que, a falta de alimentos sólidos, bien valía el alcohol.

El joven encargó una botella de «gin», con lo que se ganó la admiración de su compañera.

—Eres un tipo de «pasta», ¿eh, chico?

—No puedo quejarme.

La trotacalles le guiñó. Se las prometía muy felices. Ya se encargaría de dejarle sin un solo dólar en el bolsillo. Estaba al cabo de la calle respecto de la técnica a utilizar.

Pasados unos minutos, cuando la bebida comenzaba a hacer efectos en Katy, se produjo un instante de tensión. Alan le había pasado el brazo por la espalda y notó cómo la mujer se agarrotaba.

—¿Qué te pasa, Katy?

Ella miraba fijamente hacia la puerta de entrada.

Y el de la cara de mochuelo, el vigilante de la puerta, también. Para el agente no pasó inadvertido el creciente interés de ambos.

—Ha entrado un tipo —explicó ella, al fin—, con el que tuve un altercado hace unos días. Tuvieron que echarle. Quizá ahora venga con ganas de camorra.

—No te apures. Yo se las quitaré —presumió el joven.

Pero Katy debía considerar serio el asunto, ya que dijo, al tiempo que se ponía en pie:

—Mejor es que desaparezcas mientras ése esté aquí.

—¿Me dejas?

—Por un rato. Volveré, chico.

Y se alejó por entre las mesas.

La primitiva idea del joven fue obedecer y esperar. Sin embargo, algo le obligó a cambiar de planes. Ese algo era el tipo con cara de mochuelo, quien acababa de dejar la puerta para salir al encuentro del peligroso sujeto que armara camorra unos días antes.

Alan se acercó al hueco y dirigió una rápida mirada al interior. No había nadie. Ninguna de las personas de los alrededores reparaban en él. Sin pensarlo, desapareció.

Había un corto pasillo, que recorrió rápidamente. Al final se iniciaba una escalera. Ascendió los peldaños, procurando amortiguar el efecto de sus pisadas y llegó al primer piso.

Otro pasillo, tan largo como el anterior, se ofreció ante sus ojos. Había tres puertas, dos al lado derecho y la otra al izquierdo. Se acercó a la primera y trató de escuchar.

Nada se oía.

Siguió adelante. En la segunda probó suerte y obtuvo idéntico resultado que en la primera.

Le quedaba la última, la más alejada, puesto que caía casi al final del pasillo.

Fue a echar el pie cuando escuchó que alguien subía la escalera. Retrocedió apresuradamente y se ocultó en la primera de las habitaciones, girando el picaporte con suavidad.

Fue creciendo la intensidad de los pasos. Los oyó cruzar junto a él y perderse a lo largo del pasillo.

Poco a poco, midiendo cada impulse, abrió y asomó la cabeza. Se ocultó de nuevo y repitió la operación minutos más tarde.

Estaba seguro de que en la habitación del fondo se cocía algo. Le hubiese gustado escuchar la charla. Pero el sentido común le dijo que era demasiado peligroso intentarlo. Si le sorprendían, ¿cómo justificar su presencia allí? Era preferible volver a la mesa, antes de que Katy le echase en falta.

Salió al pasillo y, de puntillas, alcanzó los primeros escalones, iniciando el descenso.

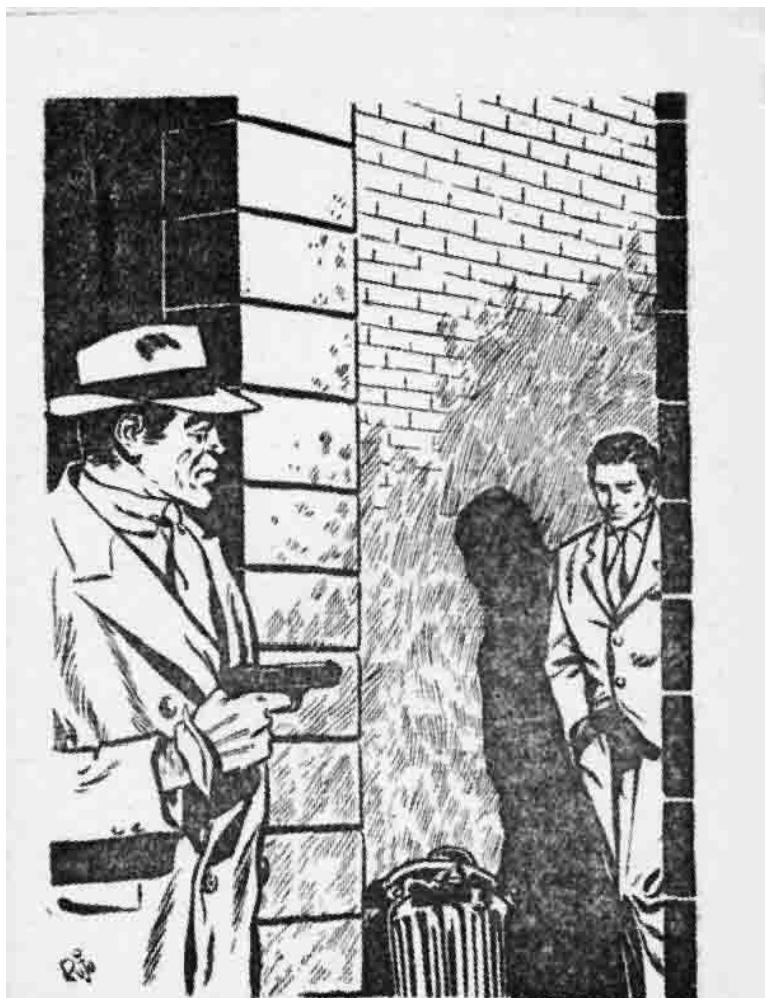
Llegó al pasillo inferior sin novedad. Sólo entonces dejó a un lado las precauciones y adoptó el aire del que acaba de hacer una

visita.

A sus espaldas, de pronto, una sombra se materializó.

—¿Qué hace usted?

Alan, veloz como el pensamiento, se revolvió y estrelló el puño derecho en el rostro del otro. En seguida, sin concederle un respiro, le golpeó de nuevo, en el bajo vientre.



Se aproximó sin darse cuenta.

2 - CRITADO

El vigilante exhaló un lastimero quejido y se encogió. Quiso mantenerse en línea de combate, pero terminó por caer.

El joven se dio cuenta de lo que el encuentro podía significar para él. Por ello, dejando a un lado las contemplaciones, aferró al caído de las solapas, lo puso en pie y le largó un preciso «crochet» al pómulo.

El tipo se desmoronó como un pelele.

No le costó trabajo llegar a la mesa. El tipo de la cara de mochuelo continuaba junto al mostrador, por lo que su salida no fue observada. Katy parecía buscarle.

—Ya estoy aquí —dijo.

Ella le envolvió en una mirada dubitativa.

—¿Dónde te habías metido?

—Fui a los lavabos... Anda, vámonos.

Se dejó conducir hacia la salida. Alan temía que, de un momento a otro, el tipo que tumbara diese la voz de alarma.

Pero consiguió llegar a la calle con tranquilidad.

—¿Dónde está ese sitio?

—Cerca.

—Tomaremos un taxi.

Katy protestó. No era necesario que se gastara el dinero. Andando cubrirían el recorrido en cinco minutos.

El joven se dejó convencer. La tomó del brazo y se alejó del *cabaret* a buen paso.

Cuando lo hubo perdido de vista, fijó sus ojos en la mujer.

—Ya llegamos —dijo ella, interpretando mal la mirada.

Caminaron por la acera hasta la próxima transversal, por la que tomaron. Era una calleja mal iluminada, sin aceras, a medio pavimentar.

Alan se dijo que se trataba de un lugar ideal para tender una emboscada. Claro que, ¿por qué habían de tendérsela? Se había comportado como otro cliente cualquiera. Nadie, por tanto, pudo sospechar. Tampoco era previsible que el tipo al que dejara dormido hubiese tenido tiempo de verle. Su acción fue demasiado rápida, aparte de que le salió al encuentro por la espalda.

Repentinamente, a mitad de la calle, dos potentes focos les iluminaron. El joven se volvió con celeridad, pero la mujer le tranquilizó:

—No temas, es un coche.

Acertaba en lo último, pero no en lo primero. Porque el automóvil, apenas descubrir a la pareja, se lanzó hacia ella a toda velocidad.

Los reflejos del agente funcionaron a tenor con las circunstancias. Tomó a Katy de un brazo y la arrastró materialmente hasta el quicio de una puerta semiderruida.

Lo hizo a tiempo. Porque el coche pasó a unos centímetros de la pared, veloz como una centella. No tuvo ocasión de ver quién o quiénes lo ocupaban, ya que se perdió al fondo de la calleja antes de que pudiera reaccionar.

El cuerpo de Katy le pesaba extraordinariamente. Estaba derrumbada sobre él.

—No ha pasado nada —musitó.

Pero la mujer permaneció en la misma postura.

Pensó en un desmayo. No era para menos. La aferró de un hombro y con el brazo libre trató de agarrarla por la espalda...

No pudo evitar un escalofrío. Un líquido viscoso, caliente, entró en contacto con la abierta palma.

Echó el cuerpo hacia atrás y...

Katy no estaba desmayada, sino muerta. Tenía clavado un puñal en la espalda, debajo del omoplato izquierdo. La muerte había sido instantánea.

Los pensamientos le asaltaron. La muerte de aquella pobre mujer no estaba justificada. Se dio cuenta que le había salvado, pues el puñal era para él. Uno de los ocupantes del coche, al ver que no conseguían atropellarlos, lo lanzó al pasar frente a la puerta donde se resguardaran.

Y Katy, a la que mantenía entre los brazos, había sido la víctima.

Si todo ocurrió así, cabía pensar que le habían descubierto. Los tipos del tugurio estaban al tanto de quién era. Y quizá también lo estuviesen de lo que pretendía. De lo contrario, ¿por qué atentar contra su vida?

Se preguntó de qué manera pudieron reconocerle. Jamás, hasta aquella noche, había pisado «Blue Harris». ¿Cómo, pues, aquella gente sabía su personalidad y los móviles que le llevaron al antro?

Era algo que no le cabía en la cabeza. Sin embargo, los hechos estaban consumados y a ellos debía de atenerse.

—Me parece que estoy luchando contra una fuerza oculta poderosísima —se dijo.

Dejó a Katy en tierra, apoyada contra el vano, como si estuviese durmiendo, y se dispuso a partir. No le interesaba que le descubriesen con un cadáver al lado.

Su movimiento se vio interrumpido por la llegada de dos policías, quienes, a buen seguro, hacían su habitual ronda.

—¡Eh, amigo! —le gritó uno de ellos—. ¿Qué haces ahí?

Trató de aparentar que estaba borracho.

—Has bebido, ¿eh? —Siguió el otro en tono jocoso.

Su compañero había accionado la linterna y enfocaba al joven, que se resguardó con la mano.

—Vamos, amigo, largo de aquí.

Era lo que estaba deseando: largarse de allí. No se hizo repetir la indicación. A buen paso comenzó a alejarse.

Pero los acontecimientos se precipitaron con más rapidez de la deseada. El de la linterna, quizá para ver lo que atraía la atención del vagabundo, enfocó la puerta.

—¡Mira! —indicó a su compañero.

Éste se acercó a la mujer.

—Será la compañera de ese tipo —comentó—. Debe de estar tan borracha que no puede dar un solo paso.

Pero la empuñadura del puñal brillaba bajo el foco de luz lo suficiente para atraer las miradas de los policías.

Alan oyó la exclamación de sorpresa de uno. Apretó el paso y se dispuso a huir. Era lo más oportuno. Sostener un encuentro con ellos podía ser arriesgado, aparte de que nada iba a conseguir, como no fuera que le capturasen. Volver sobre sus pasos y descubrir quién era, tampoco resolvía nada. Su condición de agente federal no le libraba de sospechas.

No tardó en llegarle la primera intimidación.

—¡Detente!

Hizo todo lo contrario, echar a correr.

Los dos policías salieron tras él. Mientras uno tocaba el silbato, otro aprestó el arma.

—¡Alto, asesino!

—Dispara —le conminó su compañero.

El plomo se clavó a unos centímetros de los pies del joven, que

se apresuró a correr en zigzag, eludiendo las otras balas que el policía le envió.

La situación no tenía nada de agradable. Perseguido, casi acosado por los policías, pronto tendría a varios más tras sí. Era preciso evitarlo.

Salíó a tina calle más iluminada que la anterior y se orientó. Un viento húmedo golpeó su rostro, indicándole que muy cerca estaba el río.

Hacia él se dirigió. Hubo de pasar junto al cementerio luterano antes de llegar a las primeras edificaciones. Ocultándose en ellas, pudo alcanzar la verdosa corriente.

Se dejó caer en el agua, procurando no hacer ruido, y desapareció bajo ella, nadando vigorosamente hacia la otra orilla, a la parte más despoblada y carente de luz.

Una sola vez ascendió a la superficie para tomar aire. Los policías no eran visibles, pero se les oía muy cerca, discutiendo sobre hacia qué parte había escapado el joven.

Éste llegó a la orilla sin novedad. Arrastrándose buscó cobijo entre la raía maleza y aguardó.

Varios policías irrumpieron en la otra orilla.

—Os digo que no vino por aquí.

Algunas linternas inspeccionaron las tranquilas aguas.

—Ese tipo no debe andar muy lejos.

Se marcharon.

Alan respiró. El peligro se desvanecía. Se puso en pie y se adentró por el cercano bosque. Debería salir a la carretera y detener un camión que le llevase a la ciudad.

Una vez allí, decidiría sobre el plan a seguir. La muerte de la mujer, lejos de aclarar el enigma, lo hacía mucho más turbio.

CAPÍTULO IV

Dorys tenía la costumbre de salirse siempre con la suya. Para ello disponía de una enorme dosis de voluntad y ánimo. Las dificultades no la arredraban. Vencer sin lucha carecía de mérito. Y eso no iba en consonancia con su manera de ser.

Era verdad que se hizo periodista por puro entretenimiento, para distraer los numerosos ratos de ocio. Luego, a medida que fue descubriendo los secretos de la profesión, sintió que nacía en su interior un nuevo impulso, una vocación irresistible.

A partir de entonces, gracias a sus desvelos, inició una etapa de superación durante la cual llevó a cabo los mejores reportajes. No había persona que se le escapara. Además, sabía la manera de adelantarse a los compañeros, pisarles la noticia y publicarla cuando ellos estaban todavía escribiéndola.

Era natural que se sintiera satisfecha y que deseara alcanzar los más altos puestos de la especialidad. No la guiaba el prurito de enriquecerse, puesto que tenía dinero de sobra, ni tampoco el reclamo de la fama. Simplemente, seguía el camino marcado por su vocación, una vocación tardía, pero verdadera.

Desde que al famoso profesor Folker Walzer le ocurriera el accidente de automóvil, estaba tras de su pista, a la espera de ofrecer a los lectores una entrevista sensacional. Walzer era hombre de ciencia, había consagrado su tiempo a la investigación atómica y sus declaraciones interesaban a todo el mando. Por si fuera poco, contaba también el accidente, aparte de su fuga de Europa hasta conseguir llegar a los Estados Unidos.

Todo cuanto sabía era que, en un principio, le llevaron a una clínica particular, y, posteriormente, a cierta casa de campo. Aquella misma mañana había averiguado dónde se encontraba.

Mientras se dirigía hacia ella, pensó en Alan. La tarde anterior estuvo poco amable. Claro que no le causaba extrañeza, pues siempre acontecía lo mismo. No acertaba a suponer lo que podía ocurrirle. El joven la agradaba. No era como los demás muchachos, procedentes de familias brillantes, pero que sólo la cortejaban por su dinero, no por ella misma. En cambio, Alan, aunque creyese lo contrario, había dado muestras de estar interesado. Y le agradaba que fuera así, ya que no podía ocultar su inclinación hacia él.

El joven no parecía reparar en su interés, y esto era lo desconcertante. Porque, en otro caso, ¿a qué no confesarle sus sentimientos? Cuando no lo hacía, es que no se daba cuenta.

La actitud de él la preocupaba. Comprendía sus dudas, sus vacilaciones. Ganaba un sueldo modesto. No disponía de otros ingresos que los de su trabajo. Era todo cuanto podía ofrecerla.

A ella la bastaba. Quien ofrece todo lo que tiene demuestra su verdadero sentir. Aparte de que estaba enamorada, le quería con todas sus fuerzas. Todo consistía en darle a entender que no importaba su posición, sino él como persona, como hombre.

La noche anterior, llevada de una fuerza inevitable, le siguió. Se apostó en las cercanías de su domicilio y, cuando le vio salir, tomó un taxi. Le extrañó su atuendo, extrañeza que se acrecentó al verle entrar en «Blue Harris», un *cabaret* de mala fama.

No se atrevió a seguirle. Esperó durante media hora. Al ver que no salía, regresó a su casa.

Era indudable que Alan tenía una misión que cumplir. Y debía de ser difícil, a juzgar por su preocupación durante la entrevista que sostuviera la tarde anterior.

Dorys se dijo que debía ayudarle. Aquella misión, aun desconociéndola, podía ser la gran oportunidad del agente.

Estaba llegando. La mansión del profesor se hallaba rodeada de un tupido jardín y una alta reja de hierro, en cuya puerta vigilaba un hombre.

Dorys detuvo el coche en las inmediaciones. Tomó la máquina fotográfica y se dirigió rectamente hacia el sujeto, que la observaba desde un rato antes con ojos inquisitivos.

—Buenos días —saludó la periodista con la mejor de sus sonrisas.

El individuo se llevó la mano a la cabeza, en maquinal saludo.

—¿Quería algo, señorita? —preguntó, luego.

Asintió. No era nada fácil engañar a la gente, pero se dijo que con aquel sujeto sí que podía serlo.

—Verá usted, soy periodista y me han encargado un artículo acerca de las casas de campo de esta zona. Necesito verla de cerca.

El hombre se pellizcó los labios. Era evidente que le extrañaba la propuesta.

—Me parece que no va a ser posible —runroneó.

Dorys puso cara de ingenua.

—¿Por qué no?

—Pues... Tengo orden de no dejar pasar a nadie, señorita.

Hubo un instante de silencio.

—Es una gran contrariedad —musitó la joven—. Le advierto que me conformaría con tirar unas fotos.

El otro estaba en un aprieto. Se veía a las claras que no sabía lo que hacer.

—Espere un momento —se decidió.

Caminó hasta la pequeña choza que le servía de cobijo y accionó la palanca del teléfono.

Dorys le vio hablar durante un minuto. Luego, colgó y vino hasta ella.

—El doctor dice que no.

Ella se hizo de nuevas.

—¿El doctor? ¿Acaso hay algún enfermo?

—No me pregunte. Creo que sí. Es todo cuanto puedo decirle.

De nuevo se hizo el silencio. Dorys se determinó en una fracción de segundo.

—¿Podría hablar con ese doctor?

Otra vacilación en el hombre. Finalmente, meneando la cabeza, se dirigió al teléfono.

Al volver, anunció:

—Espere. Vendrá en seguida.

En efecto, poco después se perfiló en la puerta de la casa la silueta del médico, enfundada en la nivea bata. Atravesó el jardín con grandes zancadas y llegó a la puerta, encarándose con la periodista.

Dorys le explicó los verdaderos motivos que la llevaban allí. Ya no valía la pena mentir.

—Lo siento mucho, pero es imposible que vea al profesor. Su estado de salud es precario y cualquier visita podría ser contraproducente. ¿Por qué no viene dentro de unos días?

La muchacha abrió los ojos, agradablemente sorprendida por la facilidad que le daban.

—¿Me recibirá?

—Desde luego... ¿Le parece bien pasado mañana, señorita? La esperaré a esta misma hora.

—¿No puede adelantarme algo?

El galeno la miró fijamente. Luego, con voz reposada, como si monologase una escena de cualquier comedia, dijo:

—Sufre quemaduras de tercer grado en todo el cuerpo.

—¿Se salvará?

—Sí. Quizá sea necesario trasladarle a Viena para que le hagan un injerto... Pero de todo eso hablaremos pasado mañana, señorita.

Dorys dio las gracias y se alejó hacia el coche. Lo puso en marcha e inició el retorno a la ciudad.

Estaba contenta de su gestión. Sin la menor resistencia, con toda clase de amabilidades, acababa de obtener en firme la entrevista.

Una vez en Filadelfia decidió ir en busca de Alan. Aparcó el coche cerca del despacho y le esperó en el mismo portal.

Sin embargo, dieron las doce y el joven no apareció. Por fortuna, sí que salió el inspector Boland, que la acogió con su proverbial simpatía.

A las preguntas de la joven respondió:

—Alan no ha venido.

—¿Le ocurre algo?

—Nada de particular.

Dorys se dio cuenta que el inspector era escueto, demasiado para su locuacidad de otras veces. No cometió el atrevimiento de sonsacarle.

—¿Dónde podría verle?

Boland se encogió de hombros.

—No lo sé, Dorys. Quedó en venir a verme, pero sin especificar el día. ¿Es algo importante?

—No. Deseaba hablar con él.

El inspector sonrió. Sabía mejor que nadie los sentimientos de la joven hacia Alan.

—Ya tendrás tiempo.

Se despidió. Dorys quedó en la acera, dubitativa, contemplando cómo se alejaba el inspector.

Bullían algunas ideas en su cabeza y pensaba ponerlas en práctica. Penetró en un bar y solicitó el teléfono. Marcó el número de Alan, pero nadie contestó.

Salíó a la calle. Le preocupaba su ausencia. Por la actitud de Boland deducía que estaba metido en un asunto interesante. Interesante y peligroso.

¿Iba a permanecer cruzada de brazos mientras el hombre que amaba competía con la muerte?

Puso el coche en marcha y se contestó que no, que su obligación estribaba en localizarle y acudir en su ayuda.

Comió de mala gana. Luego, tras llamar al agente, sin obtener contestación, entretuvo un par de horas en descansar. Cuando dejó el lecho eran las seis.

Se puso un atuendo ligero, a base de una falda, un suéter y un chaquetón, y se lanzó a la calle.

Estaba dispuesta a entrar en acción. Por lo que viera la noche antes, Alan vigilaba el *cabaret*. Nada mejor, pues, que ir a él.

Tomó un autobús que la condujo a la parte contraria de la ciudad. En un restaurante de poca monta comió unos emparedados y se dispuso a trabajar.

El ambiente de «Blue Harris» no la aturdió. Había conocido muchos, y aquél no era tan malo como la fama propalaba, ni tan bueno como los habituales decían.

Una bocanada de humo le dio en el rostro cuando entró en la sala. Fue hasta el mostrador y se colocó en un extremo, haciéndose la ajena al interés despertado en los hombres que la rodeaban.

La mayoría de ellos la escrutaron con aire expectante, examinándola con delectación. En realidad, nunca habían visto por allí una joven de tan peregrina belleza, que además distaba mucho de las que frecuentaban el tugurio.

Un tipo de recia planta y mirada torva se le acercó.

—Eres nueva, ¿eh, muñeca?

Dorys le volvió la espalda y pidió un martini.

—Ya te acostumbrarás, chica —siguió el otro sin darse por aludido—. Este lugar no se ha hecho para ti. Tú necesitas algo

mejor, algo que yo puedo enseñarte.

El del mostrador ahogó una risotada. Presentía que aquella «novicia» iba a pasarlo mal.

Dorys sorbió de la copa y lanzó una ojeada en derredor. El «Casanova», aprovechando su silencio, siguió con el monólogo:

—¿Quieres otra copa, nena?

No le respondió. Se estaba diciendo si no habría ido demasiado lejos. Claro que confiaba en que Alan se presentase de un momento a otro.

Varios sujetos más se acercaban a ella. Todos lo hacían atraídos por la novedad. Sus deseos eran idénticos.

—¿Te aburres, guapa? —inquirió uno de ellos, de pelo negro y aires de suficiencia.

Dorys continuó en la misma postura. Si la situación se prolongaba sin que Alan apareciese, dejaría el *cabaret*. De lo contrario, estaba expuesta a los deseos de aquellos energúmenos.

Llevada de un momento de inspiración, llamó al dependiente.

—Deseo hablar con el dueño.

—¿Le conoces?

Dorys decidió emplear sus mismas armas.

—Tengo una cita con él esta noche. Avísale.

El otro hizo un gesto ambiguo, como si quisiera expresar la suerte de su jefe. Llamó al de la cara de mochuelo y susurró unas palabras a su oído.

El tipo, tras mirar a la joven, se dirigió a la puerta del fondo y desapareció por ella.

No tardó en regresar. Hizo una seña al dependiente y éste asintió.

—Te está esperando. Es aquella puerta.

Dorys dejó el taburete y el grupo de «admiradores» se disgregó.

El de la cara de mochuelo, al tiempo que 3a indicaba el interior, la guiñó.

—Hola, hermosa. ¿Cuándo vas a tener un ratito para dedicarme?

No le prestó atención. Cruzó el pasillo e inició el ascenso de los escalones.

Arriba la esperaba un sujeto bajo, de facciones animalescas, que exhibía un gran cardenal en el pómulo.

Miró a la joven en un abrir y cerrar de ojos, cual si la catalogara,

y señaló la puerta del fondo.

Dorys, mientras recorría el pasillo, reparó en la estupidez que iba a cometer. Había obrado muy a la ligera. ¿Qué le diría al propietario? ¿Acaso con su acción no perjudicaría los futuros planes de Alan?

Ya era tarde para retroceder. Encararía la situación como Dios le diera a entender.

En el pequeño despacho sólo había un hombre, un tipo untuoso, de mirar frío, bajo y gordo, con una prominente calva. No pasaría de los treinta y cinco, aunque aparentaba algunos más.

El hombre en cuestión se puso en pie y salió a su encuentro.

—Me llamo Lewis Hoblay, señorita. Han dicho quería usted hablar conmigo.

Dorys había adoptado un gesto de sorpresa.

—Creo que... me he equivocado.

El llamado Hoblay arqueó las cejas.

—¿Quiere explicarse?

La joven había encontrado ya el mejor modo de salir adelante.

—Me engañó, sí. Dijo que era el propietario de «Blue Harris» y que me esperaba aquí esta noche.

—No la comprendo, señorita. El único propietario soy yo. ¿De quién está hablando?

—Esta mañana conocí a un joven. Tomamos juntos unas copas y me dijo que era el dueño de este *cabaret*. Me invitó a venir y...

Hoblay la cortó con un seco movimiento de mano.

—Alguien que quiso engañarla. Hay muchos así en la ciudad.

Dorys daba muestras de nerviosismo.

—Ya... Bueno, me voy. Le ruego que perdone mi error.

—No hay nada que perdonar, señorita. Al contrario, ha sido un grato placer conocerla.

—Gracias... y adiós.

Lewis Hoblay se interpuso entre ella y la puerta.

—¿No aceptaría una copa en mi compañía? Es el único modo de que no pierda la noche tontamente.

Hablaba con voz persuasiva, queda. Brillaban sus ojos más de lo que pudiera considerarse natural.

—No, esta noche no. Otra vez será. Comprenda que...

—No la retengo, señorita. Ya sabe dónde puede venir a tomar

una copa. Pregunte por mí. Me llamo Hoblay, Lewis Hoblay.

Abrió la puerta e hizo una discreta inclinación.

El tipo del pasillo volvió a mirarla como antes. Dorys murmuró una apagada despedida y descendió la escalera.

El de la cara de mochuelo se sorprendió un tanto de verla.

—Ha sido una sesión corta, ¿eh, preciosa?

Cruzó por su lado y se encaminó hacia la salida. Hubo de sortear la presencia de algunos hombres que se inclinaban a su paso para verter en sus oídos soeces piropos.

Cuando estuvo en la calle, respiró. Habían sido unos minutos de prueba. Nunca más se le ocurriría volver sola a semejante antro.

Alan no había dado señales de vida en toda la jornada. ¿Dónde podría estar metido? Decidió ir a su casa. Bien pudiera ocurrir que no deseara coger el teléfono, o que éste tuviese una avería.

Buscó un taxi, sin éxito. Pocos vehículos transitaban por la calle. Echó a andar en busca de uno.

Iba absorta en sus pensamientos. Tan absorta que no reparó en los dos sujetos que se colocaron a sus espaldas, a uno y otro lado.

Sólo cuando ambos la tomaron del brazo reparó.

—¡Suéltlenme!

—Será mejor que cierres el pico, muñeca.

—Pero... ¿Qué se proponen?

La arrastraban hacia una bocacalle.

—¡Suéltlenme! —repitió, casi en un grito.

Los dos sujetos hicieron lo contrario, apretar el brazo todavía más.

—¡Calla, imbécil!

Trató de desasirse y revolverse, pero nada consiguió. Llevada del nerviosismo, propinó una patada al de la izquierda.

El tipo ahogó una exclamación de dolor.

—¡Maldita! —barbotó.

Un coche se acercaba. Al llegar a la altura de los tres, se detuvo. Los dos hombres la hicieron entrar a viva fuerza.

El coche se puso en marcha de nuevo. Dorys había cesado en los ataques, convencida de su inutilidad.

—¿A dónde me llevan?

No obtuvo respuesta.

—¿Qué van a hacer conmigo?

—Será mejor que cierres el grifo, hermana —murmuró el que recibiera el golpe.

Dorys se echó hacia adelante y ocultó la cabeza entre las manos. La dominaba un miedo horroroso.

Concluyó por llorar.

CAPÍTULO V

Hasta bien entrada la noche del día siguiente, Alan no llegó a su domicilio. Cuando emprendiera la fuga, luego de atravesar a nado el río, salió a la carretera. Su primera intención fue esperar un camión y hacerse llevar a la ciudad. Pero, al reparar en su estado, consideró más oportuno pernoctar en uno de los paradores. La mañana y parte de la tarde la invirtió en adecentar su aspecto.

Llegado que fue, tras ducharse, estuvo a punto de ir al *cabaret*. Pero prefirió dejarlo, ya que pensó en un posible encuentro con la policía, quien con toda seguridad habría localizado a la mujer asesinada como habitual del tugurio, y éste estaría estrechamente vigilado.

Optó por ir a dormir.

Despertó muy de mañana y se trasladó al despacho del inspector Boland. Tenía éste fama de madrugador, y en aquella ocasión, como en otras muchas, lo demostraba. Cuando el joven entró, se hallaba sentado tras la mesa, revisando un grueso fajo de papeles.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Alan. No creí que vinieras tan pronto.

—Ha habido novedades.

Y le puso al corriente de su visita al *cabaret*, así como del ataque que sufriera al salir, y de la muerte de Katy.

Boland le escuchó en silencio. Al terminar, luego de dejar los papeles a un lado, comentó:

—Eso demuestra que vas por buen camino. De lo contrario, no hubieran tenido interés en suprimirte.

—Así es. Sin embargo, hasta ahora no he descubierto nada de particular. Estoy seguro de que el golpe que acabó con Noel partió de «Blue Harris». Pero tocante a las sospechas de un posible tráfico

de estupefacientes, o de trata de blancas, no hay nada.

—Debes seguir adelante, Alan. Nos enfrentamos con un enemigo muy inteligente. Por el momento, lleva las de ganar. Pero pueden cambiar las tornas.

—No desmayo, señor. No obstante, es difícil atender dos cosas a la vez. De un lado está el asesinato de Noel, y, de otro, la sospecha de que algo turbio se cuece allí.

Boland arrugó el entrecejo.

—Si necesitas ayuda...

El joven se apresuró a interrumpirle:

—No he dicho eso. Puedo bastarme solo, al menos por el momento. Únicamente quería hacerle ver las dificultades.

—Las conozco. No hay caso que sea fácil. Todos, en sus comienzos, ofrecen interrogantes que parecen insalvables. Es natural que uno se desconcierte, pero no por ello debe ceder. La constancia, en ocasiones, vale más que la inteligencia. No lo olvides.

—No lo olvido, señor. Vine a verle para darle cuenta de lo sucedido. También desearía saber cómo van las gestiones acerca de la vida íntima de Noel.

—No han revelado nada. O Noel Plowman era muy reservado, o bien sus asesinos tomaron la precaución de hacer desaparecer cuanto pudiera proporcionar una simple pista.

Alan se puso en pie y paseó por el despacho.

—Es preciso que descubra el móvil o los móviles que tuvieron para acabar con Noel.

—Poco más o menos, se suponen. Plowman debió descubrir algo que les comprometía.

El agente se detuvo y miró a su superior.

—¿Drogas?

—O trata de blancas, como dijiste antes.

Hubo una pausa. Luego:

—¿Por qué no espionaje, señor?

Boland se puso en pie al conjuro de la palabra.

—¿Qué dices?

—Aventura un juicio nada más.

Reinó un corto y profundo silencio. Ambos parecían meditar en cuanto acababan de decir.

—Sea lo que fuere —dijo el inspector—, nos interesa dar con el hilo que nos lleve al total esclarecimiento del asunto, así como de la muerte de Plowman.

—A eso vine. Desearía que me contase punto por punto la conversación que sostuvo con Noel al regresar de sus, digamos, vacaciones.

La imaginación de Boland se remontó a aquellos días. Era evidente que disfrutaba de una memoria casi fotográfica, pues en seguida dijo:

—Te contaré todo desde el principio.

Alan tomó asiento frente a él, que lo había hecho instantes antes, y se dispuso a escuchar. Las palabras del superior no tardaron en oírse.

—Todo comenzó con la llegada de algunos confidentes a mi despacho. Creo recordar que fueron cuatro o cinco, y coincidieron en lo mismo: algo pasaba en «Blue Harris». Nada más. Ni siquiera poseían el menor indicio que confirmase sus suposiciones. Al pronto, no hice mucho caso. Luego, al notar la coincidencia de las opiniones, estimé oportuno que alguien llevase a cabo una pequeña investigación. El elegido fue Noel.

Se detuvo y escrutó el semblante del agente, que no había perdido una sola sílaba.

—Sus primeros pasos no revelaron nada. Estuvo cerca de veinte días sin aparecer. Hablaba conmigo por teléfono. Una de las veces me manifestó que creía haber dado con una pista. Días después volvió a llamar para decirme que tomaba sus vacaciones. De esta manera aprovecharía para seguir investigando. Le contesté que sí. No volví a verle hasta su regreso.

—¿Qué hablaron entonces?

—Me informó de lo que había hecho. La pista que seguía era falsa. Añadió que había estado en una finca de las inmediaciones de Gettisburg, en unión de unos amigos.

—¿No recuerda nada más?

—No tiene importancia. Se mostró muy desanimado y me hizo ver que le agradaría un trabajo tranquilo. Su estado me impulsó a designarle como testigo de la prueba del avión atómico, puesto que ya lo estaba con anterioridad.

Alan esbozó un gesto de desencanto. En realidad, aun sin tener

razones, confiaba que el recordatorio hubiese dado más de sí.

—Era necesario que supiese todo lo que hizo antes de que le mataran —dijo, a manera de explicación.

Boland atrajo los papeles al centro de la mesa.

—No sé si me equivocaré, pero creo que alguna idea ronda tu cabeza. ¿De qué se trata, muchacho?

—Son simples conjeturas, ideas y más ideas sin ninguna base de sustentación... Lo que ocurre siempre.

—¿Qué piensas hacer?

Alan se incorporó.

—Esta noche daré una vuelta por «Blue Harris». Si el intento de matarme partió de allí, deseo que comprueben que fallaron. Quizá el saberlo les ponga nerviosos.

—Y también les obligará a repetir el golpe, no lo olvides. Debes ir con más cuidado que nunca.

—Lo haré. Aguarde mis noticias, señor.

Boland le vio salir del despacho. Su gesto de preocupación era más elocuente que las palabras.

Una vez que estuvo en la calle, el joven continuó pensando en lo que acababa de oír. No poseía luz alguna. Como dijera a Boland, todo eran hipótesis, suposiciones sacadas del cúmulo de ideas que tenía en la mente. Pero ninguna de ellas alcanzaba visos de certeza. Aunque, bien mirado, estaba seguro de poseer las principales piezas del jeroglífico. Le faltaban algunas, y no las más importantes. Todo estribaba en que surgiese el detalle revelador, el matiz leve que alumbrara el camino de sombras por el que iba.

De repente se halló pensando en Dorys. Se dijo que le gustaría verla, charlar con ella. La joven, su trato, obraban a manera de sedante en él. Pese a que no quería confesárselo abiertamente, se sentía atraído por la muchacha. Sin embargo, era demasiado suspicaz para declararle sus sentimientos. Aparte de que Dorys podría tomarle por un vulgar «cazadotes», uno de los muchos que se la habían acercado.

Compró algunos periódicos y leyó la información acerca del asesinato de Katy. Como siempre, la Prensa aventuraba una serie de juicios a cual más peregrino. El, que estaba en posesión de la verdad, o al menos de cómo se había perpetrado el crimen, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reír.

Después de comer, se pasó por su domicilio y se cambió de ropa, colocándose el mismo atuendo de la vez anterior, cuando visitara el *cabaret*.

El resto de la tarde lo pasó en un cine, aburriéndose soberanamente con una película de policías y ladrones.

Eran cerca de las ocho cuando llegó a «Blue Harris». Se situó en la barra y pidió un *whisky*. Luego se dedicó a observar el ambiente.

No había muchos a tan temprana hora. Los escasos contertulios charlaban en torno de las mesas o formando grupos, junto al mostrador. Algunas mujeres, muy pocas, dialogaban apoyadas contra la pared, esparcidas por el local. El tipo de la cara de mochuelo no montaba vigilancia junto a la puerta.

Transcurrió media hora sin la menor novedad. Al cabo de ella, vio entrar al de la cara de mochuelo y a dos sujetos más. El primero le lanzó una mirada al pasar y continuó hacia la puerta, seguido de los otros.

Los vio desaparecer. Le habría gustado escuchar lo que iban a hablar. Pero el escaso público no le permitía seguirlos.

El trío llegó frente a la última puerta del pasillo superior. El de la cara de mochuelo, tras dar unos discretos golpes, entró.

Lewis Hoblay les salió al encuentro.

—¿Qué hay, Jud?

El de la cara de mochuelo señaló a los dos.

—Aquí los tienes, jefe.

Lewis examinó a los aludidos de una rápida mirada. Se puso un cigarrillo entre los labios y dijo:

—Buen trabajo, muchachos.

Los otros sonrieron. El más alto respondió:

—Fue fácil, jefe. La muñeca apenas nos dio guerra.

—Me gusta que se cumplan mis órdenes con eficacia y en silencio. Creo que vosotros sabéis hacerlo.

—No lo dude. Ya sabe que estamos dispuestos a trabajar en lo que quiera.

—Precisamente quería hablaros de la chica. Necesito que la trasladéis aquí. Quiero tenerla bien vigilada. ¿Podéis hacerlo esta misma noche?

—Cuente con ello. ¿Le parece bien dentro de tres horas?

Lewis Hoblay consultó el reloj.

—De acuerdo. Dentro de tres horas aquí. Entradla por la parte de atrás. Jud estará al tanto.

El «mochuelo» asintió. Estaba junto a la puerta, por lo que nada más tuvo que abrirla, invitando a los otros a salir.

Pero ninguno se movió. Ambos daban a entender que esperaban algo. Lewis, mientras encendía, reparó.

—Cuando terminéis el trabajo, pasad por aquí. Os pagaré lo convenido.

Ahora sí que salieron. Jud cerró la puerta y se volvió hacia el propietario del local.

—El tipo de la otra noche ha vuelto, jefe.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Lewis lanzó una breve carcajada.

—Bien... Es una grata noticia. Avisa a Pietro y a Hogan. Vais a tener que encargáros de él.

Jud dejó la estancia durante cuatro minutos. Al cumplirse el quinto, regresó en unión de los llamados Pietro y Hogan. El primero no era otro más que él del pómulo amoratado. Hogan era un tipo larguirucho y escuálido, de cara blanquecina y manos huesudas.

—Esta noche no podéis fallar —dijo Lewis Hoblay adoptando un gesto hostil—. Ese tipo tiene que dejar de ser una preocupación. De lo contrario, es muy capaz de entorpecer nuestros planes.

—No fallaremos —repuso Jud, muy convencido de sus posibilidades y de las de sus compañeros.

—Hay que hacer las cosas con la cabeza —siguió el dueño del tugurio—. No nos interesa tampoco que la policía meta las narices aquí.

—Descuida —medió de nuevo Jud—. Esta noche no escapará.

—Podéis iros. Procurad no perderle de vista.

Los tres dejaron la habitación. Pietro quedó arriba, vigilando. Jud montó guardia donde solía, en tanto Hogan se llegaba a la barra, colocándose cerca del agente.

El local comenzaba a animarse. La orquestina interpretaba los más modernos bailables y el número de parejas se iba incrementando poco a poco, así como el de bebedores.

Alan, ajeno a todo, apuró el contenido de la segunda copa y se dispuso a tomar una tercera antes de retirarse. En la sala estaba de

más. No conseguiría averiguar nada. Era arriba, en el despacho del propietario, donde debería probar suerte.

Intentar llegar hasta él en aquellos momentos representaba una utopía. Por otra parte, tampoco era oportuno dejarse ver con tanta asiduidad. Si habían pretendido matarle una vez, volverían a repetir el golpe.

En un minuto se trazó el plan a seguir. Aquella misma noche, cuando el *cabaret* cerrase sus puertas, volvería. Si, como era de esperar, únicamente quedaba en el local un vigilante, no le sería difícil desembarazarse de él y registrar el despacho del propietario.

Arriba, mientras, Lewis Hoblay abandonó el despacho y llamó a Pietro.

—Di a Jud que le necesito.

El «mochuelo» no tardó en presentarse. Lewis le llevó al despacho y cerró la puerta tras de sí.

—¿Ocurre algo? —preguntó el esbirro.

—Sí, Jud. He variado de planes. Vamos a dejar tranquilo a ese tipo. Al menos, mientras esté aquí.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Luego te lo diré. Ahora, baja y habla con Hogan. Es preciso que le siga y averigüe dónde vive. En cuanto lo sepa, que venga inmediatamente.

—De acuerdo.

Jud salió. A veces, como en aquella ocasión, le resultaba incomprensible Lewis Hoblay.

Llegó a la puerta e hizo una discreta seña a Hogan, que se apartó del mostrador y vino hacia él.

Jud le llevó al pasillo, lejos de miradas indiscretas.

—Ha habido cambio de programa, Hogan. El jefe quiere que sigas a ese tipo y averigües dónde vive. Luego regresas aquí.

Hogan se rascó tras de la oreja.

—¿Qué pasa ahora?

—No lo sé. Cumple lo ordenado.

—Está bien.

Se alejó hacia la barra, donde apenas se detuvo unos segundos. En seguida, dejó el local.

Alan no tardó en hacerlo. Firme en la idea de penetrar por la noche en el tugurio, se dispuso a prepararlo todo. Por lo pronto

necesitaba una linterna y algunas llaves falsas, para caso de dificultad.

Hogan no tuvo obstáculo alguno en seguirle. Cuando comprobó la calle y el número en que vivía el agente, retornó a toda prisa.

Jud subió con él.

—Vive en el ciento catorce de la calle Chestnut —dijo cuando estuvo delante del propietario.

Lewis asintió. Se colocó el sombrero y se dispuso a salir.

—Estaré de regreso dentro de media hora. Permaneced aquí.

Alan se había despojado de la indumentaria empleada para ir al *cabaret*. Con el torso desnudo, procedió a preparar cuanto consideraba necesario. Una vez que lo tuvo listo, pasó al cuarto de baño y se preparó la ducha.

Iba a colocarse debajo de ésta cuando repiqueteó el timbre del teléfono. Murmuró algo entre dientes, contrariado, y se encaminó hacia él.

Descolgó el auricular y escuchó:

—¿El señor Nalder?

Voz de mujer. De inflexiones suaves. Había hecho la pregunta con voz queda, cual si temiera ser oída.

—¿Quién llama? —preguntó a su vez.

—Necesito hablarle. Se trata de Noel Plowman. ¿Podría venir a verme esta noche?

—Pero ¿quién es usted?

—La novia de Noel. No puedo decirle nada más por teléfono. Es preciso que venga a verme, señor.

—Vivo en una casa de la orilla izquierda del río Delaware, enfrente de la calle Vine, en el número ocho.

—Estaré ahí dentro de media hora, Nalder.

—Está bien. Dígame dónde.

—No falte, señor Nalder.

CAPÍTULO VI

Alan colgó el teléfono y principió a vestirse. Estaba sorprendido, no por la llamada, sino por la personalidad de la comunicante. Tanto él como quienes conocieron a Noel Plowman le suponían sin familia. Y, por supuesto, sin novia.

Claro que no era de extrañar, conociendo el carácter reservado del muerto.

El hecho de que la mujer no hubiese dado señales de vida hasta entonces le ponía sobre aviso. ¿Por qué no acudió al inspector Boland apenas enterarse del asesinato de su novio? ¿Y por qué llamarle a él, de cuya existencia debía estar ignorante?

Eran preguntas sin respuesta. Podía tratarse de una emboscada. Pero también podía no serlo. Acudiría a la entrevista. Probablemente le sirviera de mucho.

Cuando estuvo vestido, dejó la cartera en el cajón de la mesilla, así como todo cuanto pudiera identificarle como agente federal. En cambio, recargó la «Luger» y comprobó que funcionaba bien.

Antes de salir estuvo tentado de avisar al inspector Boland. Pero no lo hizo. Quizá fuesen ciertas sus sospechas. En caso contrario, se exponía al ridículo. Era preferible esperar a ver lo que la entrevista daba de sí.

En la calle hacía frío. Se subió el cuello de la gabardina y caminó hasta la próxima parada de autobús. Notaba bajo el brazo el confortante contacto de la pistola. Si le habían tendido una trampa, alguien lo iba a sentir. Y no precisamente él.

El vehículo le dejó en las inmediaciones del río Delaware. Se internó por la calle Vine y salió a la orilla, junto a un bloque de casas, verdaderos chalets de caprichosas formas, la mayoría rodeadas de jardín.

Se detuvo ante la verja del que la mujer le indicara por teléfono. La puerta estaba abierta.

La empujó y caminó por el pasillo central. A los lados crecía una vegetación rala y de escasa altura. Al fondo, recortada en las tinieblas de la noche, divisó la casa, de una sola planta.

Había luz en una de las ventanas. Se acercó a ella y exploró el interior.

Se trataba de un cuarto de estar moderno y coquetón. Una joven, fumando con gesto nervioso, iba y venía a lo largo de la estancia. Viéndola a través del cristal parecía una diosa pagana de Boticelli. El cabello, rubio fuego, le caía a lo largo de la espalda. Tenía los ojos grandes, de color zarco, una agradable nariz y una boca de labios bien dibujados. De altura más que regular, poseía un cuerpo flexuoso, lo cual no era óbice para que se manifestase la rotundidad de sus líneas.

Alan fue a la puerta y tocó el timbre.

No hubo de esperar mucho. El rostro de la joven apareció en el hueco. Una breve sonrisa plegó sus labios. Se hizo a un lado.

El joven pasó al vestíbulo y se volvió. Ella había cerrado la puerta y le miraba con aire ofuscado, cual si no se atreviera a romper el silencio.

—No debe temer nada, señorita —dijo—. Puede hablarme con entera libertad.

Aline Wesley asintió. Toda su majestuosa belleza, un poco fría, se manifestó al responder:

—Estoy dispuesta, señor Nalder.

Pasaron al cuarto de estar. Aline le invitó a tomar asiento. De una mesita tomó dos copas y escanció coñac, tendiéndole luego una. Con la suya en la mano, tomó asiento y cabalgó una pierna sobre la otra.

—No sabía que Noel tuviera novia. Creo que ninguno de sus compañeros estábamos enterados.

Ella mojó los labios en el líquido y ladeó la cabeza.

—Era un tanto especial. Incluso conmigo, a veces, daba la impresión de ser impenetrable. Sin embargo, no tenía nada de eso. Si acaso, como le digo, poseía demasiada seriedad.

Alan dejó la copa sobre la mesa y decidió entrar de lleno en lo que le interesaba.

—¿Por qué no llamó antes, señorita?

El cuerpo de Aline sufrió una brusca sacudida.

—Ni yo misma lo sé... Fue algo superior a mis fuerzas. Cuando supe lo del asesinato, me quedé... Espero que me comprenda.

—Ya.

—No tenía ánimo para nada. Pasé unas horas horribles. Cuando me hube recuperado, no me atreví. Tenía miedo. Más tarde, completamente tranquilizada, llegué a la conclusión de que podría servir de mucha ayuda al

F. B. I.

—En efecto, usted puede decirnos algunas cosas acerca de Noel. ¿Le hablaba con frecuencia de su trabajo?

—Sí... Es decir, un poco. En realidad, siempre me desagradó su profesión, por lo arriesgada. Prefería hablar de otros temas. No obstante, cuando algo le preocupaba, venía a mí y me lo contaba todo.

El rostro de Alan resplandeció. Aline Wesley iba a facilitarle el mayor triunfo de su corta carrera.

—¿Qué le dijo?

La joven bebió el coñac.

—Estaba investigando en cierto *cabaret*. Tenía sospechas de que se jugaba sucio.

—¿Qué más le dijo?

—Pues... Ese juego sucio debía de ser trata de blancas. Noel no tenía seguridad, pero sí fundadas sospechas.

Alan apremió a la joven para que siguiese hablando.

—Luego me habló de un viaje. Necesitaba seguir una pista... No volví a verle más.

El agente apuró el licor y aguardó a que continuara con las confidencias.

—Tampoco recibí noticia alguna mientras estuvo ausente. Supe que estaba de vuelta al enterarme de su muerte.

Ocultó la cabeza entre las manos, llevada de la emoción. Alan temió que se echase a llorar. Pero Aline, al cabo del rato, levantó el rostro y le miró.

—Perdone este instante de desfallecimiento. Todavía no me hago a la idea de que haya muerto.

—¿Está segura de que me ha dicho todo cuanto sabía?

—Sí. Posiblemente haya omitido algún detalle. Pero lo más interesante se lo he dicho.

Alan no tenía pleno convencimiento. Aline estaba todavía bajo el peso de la desgracia y era más que posible que no recordase las conversaciones sostenidas con su prometido.

—Debe tranquilizarse —la recomendó—. Por desgracia, ya nada podemos hacer para devolverle la vida. Pero debemos dar su merecido a los culpables. Es muy importante que recuerde todo cuanto habló con él, incluso lo que a primera vista le parezca que no tiene interés.

—Lo procuraré.

Alan se levantó.

—Vendré a verla dentro de unos días. Para entonces ya estará en condiciones de recordar.

Aline se llegó hasta él.

—Noel me habló algunas veces de usted. Por eso decidí llamarle.

La extrañeza invadió al joven. ¿Era cierto lo que decía? Aquellas palabras le habían sonado huecas, irreales. Plowman y él se conocían, pero no muy a fondo. Había otros muchos que pasaban por ser amigos. ¿No habría sido más lógico que la hablara de alguno de ellos?

La sospecha ensombreció su semblante. Daba la impresión de que la mujer quería justificar el hecho de telefonearle.

Pese a estos pensamientos, repuso:

—Eramos buenos compañeros.

—¿Es usted quien le ha sustituido en la investigación?

—Sí.

—¿Conoce ese *cabaret*?

—He ido un par de veces.

—¿Es cierto lo de la trata de blancas?

Parpadeó repetidas veces. Aquello era un interrogatorio.

—Lo ignoro. Es todavía pronto para saberlo. No olvide que Noel apenas comunicó nada de lo que descubrió.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo matarle?

—No, ninguna.

Se dispuso a salir. Dio unos pasos hacia la puerta. Fue entonces cuando sintió otros en el vestíbulo.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que se le venía encima,

Jud, Pietro y Hogan hicieron acto de presencia.

Los tres iban armados. Jud permanecía serio, en tanto Pietro mostraba la negra dentadura al reír, lo mismo que Hogan.

—Buenas noches, polizone —saludó el primero.

Aline pasó junto a ellos y dijo:

—Hice lo que pude.

—Lo hemos oído, preciosa. No te apures, el jefe te tendrá en cuenta.

Había caído en la trampa, bien burda por cierto.

Le confió la actitud de la mujer. Era una buena comedianta. Interpretó su papel a las mil maravillas.

Luego de pronunciar aquellas palabras, Aline fue a la casa.

Alan, sin perder la calma, se enfrentó con el trío.

—¿De qué se trata?

Queremos hablar contigo... amigablemente —exultó en tono burlón, Jud—. Nos interesa conocer tus ideas.

—Son demasiado pobres. No os servirían.

Pietro hizo un enérgico ademán con el brazo que sostenía la «*Parabellum*».

—¡Andando, piojo!

Tres pistolas. Tres negras bocas que le apuntaban al corazón. ¿Qué posibilidades tenía ante ellas? Tan escasas que intentar la lucha era tanto como suscribir una póliza de muerte.

Echó a andar hacia ellos, que se colocaron a un lado. No se confiaban. Iba a resultar difícil sorprenderlos.

Salieron a la calle. El trío ocultó la «artillería» en los bolsos de las gabardinas. Jud, con el brazo libre, le señaló un coche que se hallaba apareado en las inmediaciones.

—Camina hacia él y no intentes escapar.

Sobraba la advertencia. De intentarlo le llenarían el cuerpo de plomo antes de que hubiese andado unos metros. Era preferible esperar el momento más óptimo. Aprovecharía cualquier distracción, por pequeña que fuese.

Hogan se puso al volante. Jud y Pietro se acomodaron detrás, manteniéndole entre ambos.

El coche se puso en marcha. Se alejó del río y penetró por la calle Noble.

—¿A dónde me lleváis?

Pietro emitió una risotada.

—Al infierno, amiguito.

—No sabía que el *cabaret* se llamase ahora así —repuso.

—Eres bromista, ¿eh? —Runruneó Jud, hincándole el cañón de la pistola en el costado—. Ya veremos si dentro de media hora te queda humor para reír.

El coche atravesó la ciudad de parte a parte. Poco antes de llegar al *cabaret*, Se introdujo por una calleja para ir a detenerse finalmente ante la fachada trasera.

Era éste un lugar solitario y oscuro. No se veía a nadie por los alrededores.

Pietro fue el primero en apearse. Jud empujó al agente para que hiciese lo propio.

Alan se agarró a la portezuela y tomó impulso. Al tiempo que se proyectaba hacia adelante, cerró con todas sus fuerzas. Jud, que se disponía a salir, recibió el golpe en la cabeza y ahogó una exclamación entre dolorosa y sorprendida.

Pietro dudó en disparar. Vaciló unos segundos, los suficientes para que el joven se le viniera encima.

El primer golpe le desarmó. El segundo, más potente que el anterior, se le clavó en el hígado como un aguijón. Dio unos pasos atrás y abrió mucho la boca, como si quisiera tomar aire.

Alan no le dio tiempo. De un magnífico «crochet» al plexo solar lo dejó sentado a varios metros, sin fuerzas para levantarse.

Hogan también había salido. Al observar el ataque del agente, se parapetó tras el coche y esgrimió el arma, apuntándole.

—¡No te muevas o disparo! —gritó.

Pero el agente no estaba para consejos. Sabía que se jugaba el todo por el todo. Se echó a tierra y rodó hasta situarse junto a la portezuela. Una vez allí, a gatas, dio la vuelta y se proyectó sobre las espaldas de Hogan.

Éste se apercibió demasiado tarde de la treta de su rival. Quiso revolverse y lo consiguió a medias. Alan le aferró el brazo armado.

Durante unos segundos pugnaron por la posesión del arma. Al fin, tras una vigorosa torsión, Hogan abrió la mano y dejó caer la pistola.

Un grito de triunfo escapó de los labios del joven. Sin embargo, era prematuro. Porque todavía quedaba Jud.

El de la cara de mochuelo, al reponerse del golpe, no se precipitó. De una ojeada se hizo cargo de la situación y abandonó el coche a tiempo para ver cómo el prisionero se lanzaba contra Hogan.

Todavía aguardó un instante, lo justo hasta ver que le desarmaba. Entonces, se situó a su espalda y con el cañón de la pistola le propinó un violento golpe en la nuca.

Alan trastrabilló y fue a caer unos pasos más allá.

No había perdido el conocimiento. Unas sombras, mayores que las que le rodeaban, poblaron su cerebro.

Apenas veía. Le pesaba la cabeza. Era incapaz de sostenerla. Todo su cuerpo tendía a la laxitud.

Unas piernas, abiertas, se colocaron delante de él. En un supremo esfuerzo quiso aferrarse a ellas, pero le fallaron las fuerzas y cayó definitivamente, boca abajo.

Jud demandó la presencia de sus compañeros.

—¡Sois unos imbéciles! Otra bromita como ésta y nos encierran a todos por una temporada.

Pietro se defendió:

—La culpa fue tuya. Te sorprendió y...

—Te sorprendió a ti.

Hogan impuso calma.

—No perdáis el tiempo. Puede venir alguien.

Entre él y Pietro tomaron al caído y lo trasladaron al interior. Jud cerró la puerta.

—Llevalle al sótano y vigíladle. Avisaré a Lewis.

Ascendió las escaleras mientras los otros abrían la trampilla que llevaba a los bajos del edificio.

Lewis Hoblay parecía de buen humor. Había en la estancia gran cantidad de humo. Jud vio restos de puro en el cenicero. Dedujo que el jefe acababa de recibir una visita, puesto que él solamente fumaba cigarrillos.

—¿Le habéis traído?

—Está en el sótano.

El dueño se frotó las manos.

—¿Fue fácil?

—Regular. A última hora se puso pesado y hubo que dormirle...

¿Qué piensas hacer con él?

—De momento, charlar... Subidle en cuanto se recupere.

—No me gusta nada, Lewis. Con éste son dos los tipos del F. B. I, que nos llevamos por delante. Sus compañeros se nos echarán encima.

El otro hizo un gesto de desprecio.

—No hay que apurarse. Cuando quieran entrar en acción, estaremos muy lejos.

—¿Qué haremos con él?

—Lo que con el otro. El río es una tumba como otra cualquiera.

—¿Esta misma noche?

—¿Por qué no? Si me entretuviera mucho lo dejaríamos para mañana.

—Sería preferible liquidarlo ahora mismo.

Lewis Hoblay le fulminó con la mirada.

—¡No seas estúpido! Es preciso que sepa hasta qué punto están enterados de nuestras actividades.

Jud, después de la amonestación, dejó el despacho y descendió al sótano.

Alan comenzaba a recuperarse bajo la atenta mirada de Pietro y Hogan.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Pietro.

Jud lanzó un bufido.

—Quiere hablar con él. No se da cuenta de lo peligroso que es tener aquí a un tipo de éstos. ¡Con lo fácil que sería acabar de una vez!

—Ya habrá tiempo, hermano. Tiene las horas de su vida contadas.

La lucidez volvió al cerebro del joven al escuchar las palabras de Hogan. Podía ser cierto lo que oía, pero se negaba a admitirlo.

Jud le propinó una patada en la espalda.

—¡Tú, perro, levántate!

Se puso de rodillas y le miró con los ojos brillantes por la rabia. Sólo pedía al Cielo una oportunidad para vérselas coa aquel tipo.

—¡Vamos, date prisa! —le apremió Pietro, propinándole otra coz.

Se levantó y los miró alternativamente.

—¿Qué pasa ahora?

—Vas a escuchar tu sentencia, amiguito.

Jud le tomó del brazo y le empujó hacia la salida.

—¡Andando!

Se palpó la axila. Le habían quitado la pistola mientras estuvo inconsciente. Sólo disponía de las manos. De ellas y de su astucia.

Era muy poco en comparación con las armas de sus enemigos. No obstante, sí era preciso morir, lo haría luchando.

CAPÍTULO VII

Lewis Hoblay recibió al agente con una untuosa sonrisa, llagan quedó afuera, en el pasillo. Pietro se situó junto a la puerta, en tanto Jud se acomodaba a espaldas del propietario, jugueteando con la pistola y sin perder de vista al joven.

Lewis encendió un cigarrillo y expelió el humo de la primera bocanada. Luego, con voz lenta, como si estuviera recitando, dijo:

—Me figuro que te haces cargo de la situación en que te encuentras, muchacho. No hará falta que te la explique.

Le miró, esperando una respuesta. Al no producirse, continuó:

—De ti depende que salves el pellejo.

Una irónica sonrisa se dibujó en los labios del joven. ¿Acaso pensaba aquel tipo que iba a creerle?

—Lo procuraré. ¿Qué quiere de mí?

—Me gusta tu buena disposición. Creo que llegaremos a entendernos. A los dos nos interesa que ocurra, pero especialmente a ti.

—No tengo nada que perder, ni tampoco nada que ganar.

Lewis tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Sabes que tienes mucho que perder. Y mucho que ganar, siempre que te avengas a razones.

—Perder la vida no significa nada. Algún día tiene que ocurrir.

—Pero tú puedes retardar ese día, muchacho. Te conviene hablar. De lo contrario, no verás amanecer.

Alan asintió.

—¿Qué desea saber?

—Las intenciones del

F. B. I.

—Las ignoro.

—Mientes... ¿Por qué razón viniste a meter las narices aquí?

—No he hecho semejante cosa. ¿Es que uno no puede ir a tomar una copa donde le apetezca?

—Desde luego. Pero tú no venías precisamente a beber, sino a espiar. Es inútil que trates de negar la evidencia de los hechos. Estamos muy al corriente.

—Entonces, ¿a qué viene tanta pregunta?

—Necesito que me digas todo lo que sabéis acerca de nuestras actividades.

Alan creyó llegado el momento de jugar sus cartas. No eran buenas. Pero si sabía emplearías, quizá sembrase el desconcierto entre aquellos sujetos.

—Lo sabemos todo.

Lewis parpadeó, nervioso. Dio una larga chupada al cigarrillo y lo depositó en el cenicero, dejando que se consumiera.

—No te interesa mentir —murmuró.

El joven se encogió de hombros.

—Allá usted. Le estoy diciendo la verdad. No adelantaría nada con engañarle.

—Quizá pienses que sí.

—Plowman, antes de que ustedes le asesinaran, tuvo tiempo de comunicar cuanto sabía. Luego me hice cargo del asunto. Mis superiores saben hasta la menor de mis actividades.

El dueño del tugurio había recuperado su sangre. Iría. Se puso en pie, salió de tras la mesa y dio un corto paseo.

—Pierdes el tiempo lastimosamente. ¿Quieres hablar de una vez o prefieres que te deje en manos de mis hombres?

—Ya he hablado.

El otro se le acercó.

—Sí, lo has hecho; pero no es suficiente. Dime, por ejemplo, lo que comunicaste a tus superiores.

—Les expliqué todo lo que se hacía en «Blue Harris».

—¿Qué es ello?

—Lo sabe mejor que yo. Y le advierto una cosa: posiblemente consigan acabar conmigo. Pero no canten victoria. Muchos de mis compañeros les vigilan, no les pierden de vista un solo segundo.

La amenaza obró el efecto apetecido. Lewis Hoblay dejó de pasear. Jud se puso en pie mirando al prisionero con ojos en los que

brillaba un interrogante. Únicamente Pietro permaneció en su sitio.

Fueron dos minutos largos de silencio. Durante ellos no se escuchó en el despacho más ruido que el que producían las respiraciones.

Finalmente, Lewis reanudó sus paseos.

—No quieres hablar, ¿eh? Acabo de darte una oportunidad, muchacho. Y la has desperdiciado. No soy partidario de los métodos violentos, pero los voy a emplear contigo. De una u otra manera, hablarás.

Alan fue a replicar que podían despedazarle, pero que nada diría. Prefirió guardar silencio. En realidad, ¿qué sabía de cierto acerca de sus intenciones? Todo eran conjeturas. No contaba con indicio alguno, con la más mínima base en que apoyarlas.

Si les dijese que estaba ignorante, no le creerían. Aparte de que confesarlo representaba un tácito sometimiento. Y no estaba dispuesto a ello. Sus palabras, aunque difíciles de creer, habían provocado la duda. Era más que suficiente.

—Puede hacer lo que le venga en gana —contestó—. No conseguiré de roí nada.

—Ya veremos. Jud —y le señaló con un ligero movimiento de cabeza—, sabe cómo tratar a los tipos que presumen de duros. Dentro de media hora no pensarás lo mismo.

Alan le oía a medias. Acababa de hacer un descubrimiento. A un lado de la mesa, junto al cenicero, se veía un encendedor. Fue su forma lo que le llamó la atención. Parecía una pequeña caja de música.

Se dijo que lo había visto antes. Al pronto, no consiguió identificar dónde. Luego, sí. Aquel encendedor se lo vio a Noel durante la prueba del avión atómico. No hizo otra cosa más que fumar y sopesarlo en la mano. Lo recordaba perfectamente.

Sonrió. Aquellos tipos le habían despojado de él. Ni siquiera se preocuparon luego en hacerlo desaparecer. Claro que, ¿acaso representaba algo?

Lewis Hoblay se volvió a Jud y le dijo:

—¡Llévale al sótano!

Pietro se puso en pie y se acercó al agente. Le tomó de un brazo y lo hizo salir del despacho a empujones. Hogan se le unió en el pasillo.

Jud se detuvo en el umbral.

—¿Qué hacemos con él, Lewis?

—Procurad suavizarle. Tengo que hacer una visita ahora mismo.

—¿No sería preferible terminar cuanto antes?

—Ya veremos. Cuando regrese te indicaré lo que debes hacer. Mientras tanto, persuádele para que hable. Creo que va a ser difícil, pero...

—No le creas tan duro —cortó el de la cara de mochuelo—. Terminará por hablar.

Cuando Jud hubo salido, Lewis se colocó la gabardina y se dispuso a seguir el mismo camino. Fue entonces cuando reparó en el encendedor. Lo tomó con aire pensativo y movió la cabeza.

Jud llegó al sótano. Alan permanecía entre Pietro y Hogan. El guardaespaldas de Lewis, sin decir una sola palabra, fue hasta un rincón, tomó tres gruesos palos y tendió dos a sus compañeros.

Éstos no necesitaron explicación alguna para saber lo que se proponía. También Alan se dio cuenta.

—Procura defenderte, amiguito —le aconsejó Jud—. Vamos a ver si eres tan duro como presumes.

Le provocaba deliberadamente, a sabiendas de que le iban a llover los palos desde todos los ángulos. Si hubiera sido uno solo, contaría con algunas posibilidades. Ante tres, no le quedaba otra tesitura que aguantar hasta donde Dios le diese fuerzas.

La sonrisa de los otros le encorajinó. Iba a demostrarles de lo que era capaz un hombre, aun en las circunstancias más adversas. No les temía, ni siquiera armados con las estacas.

El trío se abrió en abanico con ánimo de rodearle. Alan retrocedió unos pasos, buscando el contacto de la pared.

—¡Vamos, cobardes! —los desafió—. ¿A qué esperáis?

La rabia le impulsaba a azuzarlos, como si fueran perros de presa.

La reacción de los rufianes no se hizo esperar. Hogan, que avanzaba por el flanco derecho, esgrimió el palo y lanzó el primer golpe.

Al agente le fue fácil evitarlo, venciéndose hacia el lado contrario. Allí le aguardaba Pietro. Enarboló el palo y luego, velozmente, salió lanzado en busca de la cabeza del joven.

Se agachó y el palo fue a estrellarse contra la pared. Antes de que Pietro pudiese repetir, los puños del joven, en perfecta

sincronización, le alcanzaron en el estómago.

Jud, como siempre, se mantuvo a la expectativa. Atacó al ver que Pietro caía. Lo hizo, más que nada, para evitar que su contrincante se apoderase del palo.

Esta vez Alan no fintó. Recibió el golpe en el costado, de lleno. No pudo evitar que de sus labios saliera un grito de dolor. Sin embargo, su resistencia no se desmoronó. Al contrario, más furioso que nunca, se lanzó sobre Jud en una plancha de consumado atleta.

Cayó sobre él y rodaron por el suelo. El esbirro de Lewis Hoblay, pese a la dureza del golpe, no soltó el palo. Alan también se agarró a él y pugnó por desarmarle.

Pero ya Hogan acudía en auxilio de su compañero. El agente le vio llegar con el rabillo del ojo. Antes que el golpe cayera sobre sus espaldas, se echó a un lado y rodó sobre sí mismo, poniéndose en pie inmediatamente.

Pietro, ya recuperado, volvía a la carga. En seguida, Hogan y Jud le secundaron, acorralándole en un rincón.

—¡Ya no tienes escapatoria! —graznó Hogan.

—¡Te arrancaremos la piel, cerdo! —exultó Pietro.

Los tres palos buscaron su cuerpo al mismo tiempo. El de Jud se estrelló en su brazo, en el izquierdo, que colocó a manera de parachoques. Los otros dos le alcanzaron en el cuello y en el hombro, respectivamente.

Se dejó caer como un felino y, a gatas, escapó por entre los tres, situándose a sus espaldas. Le dolía terriblemente el brazo. Apenas podía moverlo. Daba la impresión de estar fracturado.

La fatiga, además, comenzaba a invadirle. ¿Cuánto tiempo aguantaría los ataques?

El derrotismo le invadió. Era preferible terminar cuanto antes. Si se dejaba golpear, perdería el conocimiento. Aquellos tipos, por muy salvajes que fueran, dejarían de apalearle.

Su sangre joven se rebeló ante la idea. Disponía de las manos para defenderse. Era bastante. Les iba a dar más trabajo del que en ira principio pensarán.

Se echó hacia atrás al ver que los tres se proyectaban hacia él al instante, en un perfecto salto, piernas por delante, se lanzó sobre ellos.

Los pies machacaron materialmente el rostro de Hogan, que

soltó el palo y fue a chocar contra la pared a consecuencia del impulso.

Jud emitió un grito de rabia. Enarboló el palo por encima de la cabeza y lo largó en dirección al agente, que todavía se hallaba en el aire.

Mientras caía, como sí intuyese el peligro, se contorsionó de forma inverosímil, hurtando el cuerpo al golpe.

Cayó al suelo y pareció rebotar. Una vez en pie observó a sus enemigos.

—No es tan fácil someterme, ¿eh, amiguito?

Los otros pensaban lo mismo. Pero no querían reconocerlo. Más enfurecidos que momentos antes, la emprendieron a golpes, esgrimiendo los palos en forma de aspas.

Pero la serie ininterrumpida sólo encontró el vacío, pues Alan tuvo buen cuidado de retroceder.

Sus ojos recorrieron el sótano en busca de un arma con la que defenderse. Pero no descubrió nada.

Retrocedió hasta la pared y aguardó el nuevo ataque, que no tardó en producirse. Pietro fue el primero en provocarlo. Esquivó sus golpes a duras penas y trató de atender a Jud.

Pero el cara de mochuelo se había propuesto sorprenderle. Dejó que Pietro atacara, de forma que al agente no le quedó otro remedio que atenderle. Entonces, secundó a su compañero.

Un golpe. Seco como un trallazo. Electrizante por lo rápido. Casi a ras del suelo.

Alan gritó, alcanzado en las piensas. Un dolor insoportable, a manera de una descarga, le recorrió todo el cuerpo. Quiso agarrarse a la pared, sostenerse en pie, pero se desplomó.

Era el fin.

Pietro le golpeó en la espalda, una y otra vez. Jud hizo lo propio, ensañándose.

Dejaron de golpearle al comprobar que había perdido el conocimiento.

Hogan ya estaba en pie. Se acercó a sus compañeros y miró al caído.

—Un tipo duro donde los haya —barbotó.

Jud y Pietro se limpiaron el sudor que corría por sus frentes. El violento ejercicio se había prolongada más de lo que sus brazos

eran capaces de soportar.

—Terminará por hablar —dijo el primero—. Otra paliza como ésta será más que suficiente.

—No creo que la resista —aventuró Pietro—. Es mejor liquidarlo de una vez, como hicimos con el otro.

—Lewis decidirá. Dijo que tenía que hacer una visita, que luego decidiría la suerte de este tipo.

Pietro miró a Jud, luego a Hogan. Concluyó por centrar su atención en el desvanecido.

—¿Qué hacemos mientras llega el jefe?

—Atadle —ordenó Jud.

Hogan acercó una gruesa cuerda, con la que procedió a atar al agente de pies y manos.

Cuando hubo concluido, los tres dejaron el sótano y subieron al despacho, en espera de Lewis Hoblay.

Se personó en él media hora más tarde. Sin despojarse de la gabardina, inquirió:

—¿Conseguisteis algo?

—Nada —repuso Jud—. Habrá que intentarlo de nuevo.

—Perderíamos el tiempo. Esta noche es demasiado tarde. Mañana acabaréis con él. Haced lo que con el otro. Jud se encargará de todo durante mi ausencia.

Al ver el rostro inquisitivo de los tres, aclaró:

—Saldré de viaje al mediodía. No sé cuántos días permaneceré fuera. Jud me sustituirá.

Se dispusieron a salir. Lewis recomendó a Pietro, que se quedaba para vigilar, que tuviese cuidado.

Alan tardó en volver en sí. Su primer movimiento fue llevarse las manos a la cabeza. Al no poder, comprobó que le habían maniatado.

Se arrastró hasta la pared. Apoyó la espalda contra ella e irguió el cuerpo, tratando de encontrar una posición más cómoda.

Cuando estuvo sentado, escrutó las sombras. La única luz, muy débil, provenía de un ventanuco, protegido por gruesos barrotes, situado a ras del suelo, y que parecía dar a otra dependencia del sótano.

Notaba el cuerpo entumecido, magullado. Era imposible precisar qué parte le dolía más. Si acaso, el brazo izquierdo. Estaba seguro

que lo tenía roto. Pese a su inmovilidad, cuando trataba de moverlo, el dolor se tornaba avizorante, obsesivo.

Poco a poco se fue tranquilizando. Necesitaba recuperar fuerzas antes de librar la última lucha. Atado de pies y manos, con un brazo roto, iba a ser difícil conseguir librarse de las ligaduras. Sin embargo, tenía que hacerlo antes de que Jud y los otros vinieran en su busca para darle el definitivo pasaporte.

Repasó cuanto le había sucedido últimamente. Un hecho destacaba sobre todos los demás. Bullía en su cabeza como una obsesión, cual si fuese una burbuja etérea que danzara de un lado a otro sin deshacerse nunca.

La pregunta martilleaba sus sienes una y otra vez. ¿Cómo sabían Lewis y los suyos su condición de agente federal?

Le resultaba incomprensible. Nunca había ido por «Blue Harris» hasta ser designado como sustituto de Noel. Y éste, asesinado, no pudo decir nada. Tan sólo lo sabía el inspector Boland. Boland, Plowman y él. ¿Podía desconfiar del primero? Toda sospecha estaba fuera de lugar. En cuanto a Noel Plowman, había muerto.

¿Cómo, pues, pudieron descubrir su identidad, hasta el punto de que la misma noche que fue al *cabaret* quisieron matarle?

Cabía pensar que sus enemigos dispusieran de un eficaz servicio de información. Podían ser «chivatos», los clásicos confidentes, dispuestos a jugar con dos barajas al mismo tiempo. De no ser así, ¿quién pudo informarles?

En aquel instante oyó abrir la trampilla. En seguida, se hizo la luz. Pudo, distinguir a Pietro, que vino hacia él y revisó escrupulosamente las ligaduras.

Tras convencerse de que nada anormal sucedía, se dispuso a salir.

—¿Qué piensan hacer conmigo?

El otro se volvió.

—Nada bueno, muchacho. Eres un tipo demasiado duro para andarnos con miramientos. Mañana seguirás el mismo camino que tu compañero.

Alan esperaba la noticia. Permaneció impasible.

—Tarde o temprano acabaréis por caer. Entonces, nadie os librará de la silla eléctrica.

—Bueno, eso es algo que tú no verás.

—Todavía tienes tiempo de evitarlo —le tuteó—. Si me ayudases a salir de aquí, mis superiores serían condescendientes contigo.

Pietro rompió a reír.

—¿Tratas de asustarme? ¡Es gracioso! Un tipo que está a dos pasos de la muerte y se permite el lujo de hacer promesas.

—Es tu última oportunidad. La ley te perdonaría.

El canalla lanzó un bufido.

—¿La ley? No conozco ninguna, aparte la de mí pistola —y se palpó el costado izquierdo.

Se llegó a la puerta, apagó la luz y salió tras lanzar una última mirada al joven.

Había jugado una carta más, una de las pocas de que disponía. Contaba con poco tiempo. Ante todo, trataría de romper las cuerdas. Una vez libre, pensaría en la forma de salir. Caso de no lograrlo, quizá sorprendiera a los que fuesen en su busca.

Tensionó todos los músculos, pero no obtuvo el menor resultado. El brazo izquierdo no respondía al esfuerzo general. Cada vez le dolía más. Era inútil que malgastase energías.

Sin embargo, ¿iba a resignarse con su suerte? Aún estaba a tiempo de escapar.

Apretó los dientes, aguantando el dolor, y volvió a tensionar todo el cuerpo. Poco a poco fueron cediendo las cuerdas. Siguió trabajando, con los cinco sentidos puestos en la tarea. Las cuerdas se deslizaron a lo largo del brazo y se detuvieron en las muñecas.

Quiso sacar una mano, encogiéndola hasta límites inverosímiles. No pudo. Necesitaba romperlas. De otra forma, nunca se libraría.

Nuevos esfuerzos le convencieron de la inutilidad de su pretensión. Se arrancarían la piel antes de conseguirlo.

Se acordó de los palos que utilizaran contra él. Podía ser la solución. Se arrastró en su busca. Tropezó con uno de ellos. Lo asió con las manos y volvió junto a la pared. Lo apoyó contra el ángulo que formaba con el suelo y, a pulso, lo enderezó.

Cuando lo hubo logrado, con mucha calma, introdujo la punta libre por entre las cuerdas.

Apretó con todas sus fuerzas, procurando que el palo se mantuviera firme, de forma que su punta desgarrase el cáñamo.

Fue una operación lenta. Varias veces se le cayó la estaca y otras tantas tuvo que colocarla en postura óptima a sus fines.

Después de casi una hora de continuos esfuerzos, la cuerda terminó de romperse. En seguida, se libró de la de los pies y se puso en pie. Dio un corto paseo, estiró las piernas y movió ligeramente los brazos.

Minutos más tarde la sangre volvía a circular por las articulaciones. Se dirigió a la trampa y trató de forzarla. Estaba cerrada por fuera con dos gruesos cerrojos. No tenía la menor probabilidad de conseguirle.

Por un instante le invadió el desaliento. ¿Debía cruzarse de brazos y esperar a que vinieran a buscarle, jugándose entonces el todo por el todo?

El ventanuco atrajo su atención.

CAPÍTULO VIII

Aquel ventanuco era el único sitio por el que podía salir de su encierro. Claro que, como comunicaba con otra dependencia del sótano, posiblemente no le sirviera de nada. Sin embargo, debía arrancar los barrotes y pasar al otro cuartucho a comprobarlo.

Pronto se convenció que la tarea no iba a ser fácil. Arrancar los hierros de cuajo era empresa de gigantes. Debería ayudarse del palo, único objeto que tenía a mano.

Pero tampoco le sirvió de nada. Al cabo de varios esfuerzos, se quebró.

Se dejó caer, desalentado, para recuperar fuerzas. Tras librarse de las ligaduras, sus energías estaban exhaustas. Era necesario que se repusiese. De otro modo, jamás lograría, salir de allí.

De pronto, en el otro lado, oyó algo así como un gemido. Aplicó la oreja y escuchó. No cabía la menor duda. Alguien se lamentaba. Pegó el rostro a los barrotes y trató de taladrar las sombras. No se veía nada. Sin embargo, los lamentos continuaban llegando a sus oídos, cada vez más fuertes y prolongados.

Repentinamente, se hicieron sollozos. Se dio cuenta que se trataba de una mujer.

Procurando no levantar demasiado la voz, preguntó:

—¿Quién está ahí?

Le contestaron con otra pregunta:

—¿Quién es?

Se llevó las manos a las sienes. Le ardían. Tenía fiebre, quizá demasiada. Era ella. Ja culpable de que, por un instante, hubiese creído que la voz le era familiar, tan familiar que la identificaría entre mil.

Ahuecó la voz de nuevo.

—Venga aquí, junto al ventanuco.

Oyó un cuerpo que se arrastraba. Y la voz femenina, suplicante, que volvía a preguntar:

—¿Quién es usted?

¡Ya no le cupo duda alguna! No era efecto de la fiebre, no. Se trataba de la realidad.

Algo, como un escalofrío, le recorrió la espina dorsal. Se aferró a los barrotes con ambas manos.

—¡Dorys! —llamó—. ¡Dorys!

Era una voz acongojada, próxima a la desesperación.

El rostro de la joven apareció en la otra parte.

—¡Alan! —musitó ella, sollozando.

Sus manos se encontraron, fundiéndose en un apretón. La joven lloraba en silencio, dejando que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas.

—¡Dorys, mi pequeña! —musitó el joven, sintiendo que un nudo en la garganta apenas le dejaba hablar—. ¿Cómo estás aquí? ¿Qué te ha ocurrido?

—¡Es horrible! —sollozó.

Alan se sobrepuso.

—Cálmate. Pronto estarás lejos de esta pesadilla... ¿Quieres contarme lo que te ha ocurrido?

La muchacha comenzó a tranquilizarse.

—Me apresaron... Fueron dos hombres. Me salieron al paso y me obligaron a entrar en un coche. Me llevaron a una casa de las afueras. Luego me trajeron aquí.

—¿Los conocías?

—No los había visto en mi vida.

El hecho resultaba desconcertante. ¿Qué razones tuvieron para apresar a Dorys?

—Tienes que contármelo todo. Puede ser muy importante.

—El día del rapto estuve visitando por la mañana al profesor Folker Walzer. No conseguí verle, pero hablé con el médico que le atiende. Estuvo muy amable y me concedió una entrevista para dos días más tarde.

El la detuvo con un gesto.

—Lo de ese profesor no me interesa, Dorys.

—Después de la visita, acudí en tu busca. Al no hallarte, llamé

por teléfono a tu casa, pero no estabas. Entonces, decidí ir al *cabaret* con la esperanza de verte.

—¿Al «Blue Harris»? —Y al ver que la joven asentía, añadió—: ¿Cómo sabías que yo...?

—Te seguí la noche anterior.

A renglón seguido le puso al corriente de la charla que sostuviera con el propietario. Luego, contó su salida del local, el ataque de los desconocidos y el primitivo lugar al que la llevaran antes de trasladarla al sótano.

Un gesto de desencanto se marcó en el rostro del agente. Cuanto le acababa de contar no tenía ni pies ni cabeza. Todo en aquel misterio resultaba absurdo, incongruente.

¿Qué interés podía tener Lewis Hoblay en raptar a la joven? ¿Lo hizo para solicitar una fuerte suma por su rescate? No cabía otra explicación. Dorys era bastante conocida en la ciudad.

Aquella idea, no obstante, le parecía difícil de mantener. Era demasiada casualidad que Dorys hubiese ido al *cabaret* en su busca, y el propietario, al reconocerla, decidiera raptarla.

No, había algo más en todo aquello. Algo que, por desgracia, se le escapaba.

—¿No te han atado? —preguntó, de repente.

—No.

—¿Hay alguna ventana ahí?

Ella asintió.

—Hay una, pero se encuentra a mucha altura. No puedo alcanzarla.

Pero él sí que podría, contando, claro está, con que consiguiera pasar el ventanuco.

—Hemos de salir de aquí sin pérdida de tiempo, Dorys.

—¿Cómo, Alan? ¿Piensas arrancar el enrejado?

—Eso mismo. Busca por los rincones a ver si encuentras algo que pueda servirme.

La muchacha se apartó del ventanuco. Alan se dio a pensar. Su cabeza era un caos. Entre el dolor y las ideas, más daba la sensación de ser un bombo que girase incesantemente.

Dorys reapareció. Traía en la mano una barra metálica de regular espesor.

—Esto servirá.

No se entretuvo en forzar los barrotes. No lograría nada, salvo romper la barra. La empleó en ir socavando poco a poco los ladrillos que sujetaban los hierros.

Trabajaba con la mano derecha, puesto que la otra era completamente inservible.

El ladrillo comenzó a ceder. No sólo por causa de la barra, sino también debido a la humedad del sótano.

Dorys le secundó en la tarca un cuarto de hora después, cuando la frente del joven se perlabo de sudor.

De esta manera, sin reparar en el tiempo, alcanzaron el punto en el que terminaba el barrote, cuyo extremo quedó libre momentos después.

La claridad del amanecer se filtraba ya por la ventana cuando concluyeron con el segundo extremo. Alan reparó y redobló sus esfuerzos.

—Es ya de día. Nos queda muy poco tiempo.

Dorys, aunque nerviosa, se había tranquilizado con la presencia del joven. Le observaba trabajar reprimiendo su impaciencia, aguantando las ganas de verse libre.

Una de las veces reparó en el gesto de dolor de él al realizar un vigoroso movimiento.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo este brazo lastimado. Apenas lo puedo mover.

—Déjame a mí.

Quedaba solo un extremo. Mientras Dorys movía la barra, Alan se aferró al enrejado y tiró con todas sus fuerzas.

Lentamente, el único extremo unido al ladrillo comenzó a ceder. Un tirón final lo arrancó.

El joven, rápidamente, pasó al otro lado. Dorys le esperaba en pie. Nada más verle junto a ella le echó los brazos al cuello y se le abrazó.

No hubo palabras. La tensión que acababan de soportar, el miedo de la muchacha desde que la hicieran prisionera, las hacían punto menos que inútiles.

Ninguno de los dos supo precisar cómo sucedió. Pero Alan se encontró con la fresca boca de la mujer y la besó. Fue un beso largo y apasionado.

Cuando se soltaron, hubo unos instantes de silencio. El joven

examinó aquella parte del sótano. Era cierto que la ventana se hallaba a gran altura, pero podía alcanzarse.

—Vamos, Dorys.

El saber que pronto estarían libres les infundió nuevos ánimos. La joven, especialmente, parecía transformada.

—¿Crees que llegarás?

—Con tú ayuda, sí.

En efecto, pronto se vio que si la muchacha conseguía soportarle unos cuantos segundos podría aferrarse al alféizar.

Dorys lo hizo. Se colocó casi en cucullas, de forma que él pudiera ponerse de pie sobre sus espaldas.



Ella penetró en el despacho...

Fue una simple fracción. Las manos del joven alcanzaron el alféizar y comenzaron a levantar el cuerpo a pulso.

Se había insensibilizado. Notaba todos sus músculos a flor de piel, respondiendo como uno solo al esfuerzo que se les exigía.

Una vez arriba, escrutó el exterior. Como supusiera, la ventana daba a la parte trasera del *cabaret*, precisamente al sitio que

utilizaron Jud y sus compañeros para meterle.

No le costó trabajo encaramar a Dorys. En seguida, salieron al aire libre.

—¡Por fin! —exclamó la joven, respirando con alivio.

Alan no dijo nada. Por una razón muy poderosa: Acababa de descubrir a Jud y a Hogan. Éstos también les habían visto, ya que echaron a correr hacia ellos.

—¡Escapa, Dorys! —gritó a la muchacha.

Pero no se movió.

—Me quedo contigo. Correremos la misma suerte.

—No seas loca. Debes avisar al inspector Boland.

Era ya tarde para huir. Hogan se dirigió en línea recta hacia Dorys, en tanto Jud le hacía frente.

Alan no le dio tiempo a, extraer la pistola. Se echó encima y le propinó un rodillazo en el bajo vientre. Luego, antes de que cayera, largó la derecha con matemática precisión.

Jud, alcanzado entre los ojos, se vino al suelo como un pelele.

Dorys se defendía a patadas del asalto de Hogan.

También utilizaba las manos, a manera de garras.

Alan se plantó ante ellos de un salto. El sorprendido Hogan, que no esperaba hubiese dejado fuera de combate a Jud, se quedó un momento quieto.

Fue su perdición. El agente volvió a utilizar el brazo derecho, lanzándolo a una velocidad increíble.

El golpe llegó a la mandíbula del otro, que se derrumbó como fulminado por un rayo.

Alan tomó a la muchacha de la mano y echó a correr. Le urgía alejarse de allí antes de que saliera Pietro o llegase el mismísimo Lewis Hoblay.

Salvada la primera bocacalle, se detuvo. ¿Iba a dejar que Jud y Hogan volvieran en sí y escapasen?

—Tenemos que capturar a esos tipos —explicó a la joven.

Penetraron en un cafetín de mala muerte. Mientras Dorys pedía café y unos emparedados, procedió a llamar por teléfono. Boland no estaba. Era demasiado temprano todavía. Indicó, pues, la dirección y las señas de Jud y Hogan, así como hizo saber que en el interior del tugurio había otro tipo.

Colgó, plenamente tranquilo. No tardaría en llegar un coche

móvil. Los tres sicarios de Lewis Hobly pasarían una buena temporada a la sombra.

Se unió a la joven y devoró en pocos minutos los bocadillos.

CAPÍTULO IX

Un cuarto de hora más tarde dejaban el cafetín. Alan, para hacer tiempo hasta que pudiera ir en busca del inspector Boland, decidió acompañar a Dorys a su domicilio.

En casa de la muchacha nadie estaba preocupado por su ausencia. Era natural, ya que solía viajar frecuentemente, unas veces para hacer algún reportaje y otras por puro entretenimiento, y jamás avisaba.

La joven, pues, consideró inoportuno alarmar a su familia narrándoles su odisea. Se limitó a formular una disculpa, como tantas veces lo hiciera con anterioridad, y procedió a su aseo, tras acomodar al agente en una coquetona salita.

Volvió a ella cuando concluyó de ducharse. Alan tomaba una copa de coñac. Escanció otra para la joven y se la tendió.

—Debes hacerte mirar el brazo —le dijo ella.

—Más tarde. He de visitar al inspector Boland para darle cuenta de todo lo que ha pasado.

—Si lo deseas, puedo avisar a un médico.

—Déjalo. No debe ser más que una distensión. Ya casi no me duele.

Mentía. No deseaba que Dorys se alarmase. Además, le quedaban algunas cosas por hacer. Cuando terminara, tiempo tendría para ser reconocido y reposar.

—¿Qué te ocurrió a ti? —inquirió ella—. ¿Es que no puedes explicarme los motivos que te llevaron a ese *cabaret*?

—Simples sospechas. Lo malo es que no he conseguido confirmar ninguna, he fracasado.

Dorys se acomodó a su lado.

—No debes decir eso. Has hecho todo lo que estaba en tu mano.

—Pero he fracasado. Es lo que cuenta.

—Todavía es pronto para asegurarlo. ¿Quién te dice que los tipos capturados no van a hablar?

El movió la cabeza, dubitativo.

—Aunque así fuese, ¿qué he hecho para descifrar el enigma? Caí en una trampa estúpida y a punto estuve de perder la vida. ¿No crees que es un balance desalentador?

Ella le acarició el rostro.

—No te apures. Has puesto todo tu entusiasmo en cumplir la misión.

Las frases de ella no bastaban para consolarle. La idea del fracaso era superior a cualquier otra.

—Lo sé. Pero el entusiasmo, a veces, no basta, no sirve para esgrimirlo como justificante.

La mirada que Dorys le dirigió fue elocuente. Le hacía daño que hablase así, máxime después de lo ocurrido entre los dos en el sótano. Ahora estaba plenamente convencido de su cariño, de que la quería lo mismo que ella a él.

Creyó oportuno cambiar de tema.

—Dentro de lo que cabe, he tenido suerte —dijo, con desenfado—. De aquí a una hora iré a entrevistar al profesor Walzer. Supongo que no se habrá marchado a Viena ya.

Alan pareció volver a la realidad.

—¿A Viena?

—Tienen que operarle. Cirugía estética, ¿sabes? Al parecer sufrió gravísimas quemaduras en la cara y en el cuerpo. Debe de ser curioso hablar con un hombre vestido de momia, ¿no te parece?

Fue algo así como un chispazo, como el rayo que precede a la tormenta. El cuerpo del joven se envaró. Por un instante se transparentaron los músculos faciales, como si quisieran abandonar su vaina.

Se volvió hacia Dorys y la tomó de los brazos.

—Repíte lo que acabas de decir.

Ella le miró, un tanto sorprendida.

—No te entiendo... ¿Te pasa algo?

—¡Repítelo! —exigió en tono imperioso.

Lo hizo con las mismas palabras.

Los ojos del joven resplandecieron. Tras soltarla, se puso en pie

y comenzó a recorrer la estancia a grandes zancadas.

—¡Era eso! ¡Lo tenía ante mis ojos y no supe verlo! ¡No podía tratarse de otra cosa!

Se dirigió rectamente hacia Dorys, que también se había incorporado y le observaba con el mismo gesto de extrañeza de momentos antes.

—¿Recuerdas cuándo sufrió el accidente el profesor Walzer?

—Pues... Déjame que lo piense... Sí, creo que fue aproximadamente hace mes y medio.

—¿Estás segura?

—Sí, sí... Puedo preguntarlo al periódico.

—No es preciso —pareció abstraerse hablando consigo mismo—. Mes y medio, ¿eh? Y Noel fue asesinado hace unos días, pero estuvo un mes de vacaciones...

Se interrumpió. Sus ojos recorrieron la habitación. Todos sus movimientos delataban el estado de ánimo que le poseía.

—¡No puedo perder un segundo! Necesito telefonar.

La muchacha le creía preso de la fiebre. No comprendía nada de cuanto dijese.

—Ten calma. Alan. Es necesario que te vea un médico.

No la prestó atención. Acababa de descubrir el teléfono sobre una mesita. Fue hasta él, descolgó el auricular y marcó un número.

—Quiero hablar con el inspector Boland —dijo al ser contestado—. Es urgente.

Una pausa. Un minuto largo. Luego:

—Soy Alan, inspector. No puedo entretenerme ahora. Escúcheme: Dé orden de bloquear las carreteras y el aeropuerto. Diríjase a este último sin pérdida de tiempo.

Colgó.

—Debo irme, Dorys.

Ella quiso cortarle el paso, pero él la alejó de un empujón.

Salió en su busca. Cuando llegó a la puerta, el agente corría por la acera a toda velocidad.

Las lágrimas fluyeron a sus ojos. ¿Por qué se había comportado de forma tan extraña?

¿Es que no merecía, siquiera, una explicación?

Retornó a la salita. Por un instante, el llanto la venció. Eran muchas las emociones por las que acababa de pasar.

Y, al fin mujer, daba rienda suelta a su congoja.

CAPÍTULO X

El taxi parecía volar por la bien asfaltada pista. Alan, erguido en el asiento posterior, oteaba el horizonte.

—¿No puede ir más rápido? —apremió al conductor.

Éste ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Es que quiere que nos estrellemos, amigo? Además, este cacharro no da más de sí.

—Habrá una buena propina.

—Ni aunque me diera cien dólares correría más. Le repito que vamos a toda la velocidad posible.

Entretuvo su impaciencia pensando en el inspector Boland. También se dirigiría al aeropuerto, tal como le dijo. Había estado a punto de echarlo todo a rodar. Gracias a la conversación sostenida con Dorys todavía estaba a tiempo de dar su merecido a los culpables.

Repentinamente se dio cuenta que no llevaba un solo billete en el bolsillo. Ni tampoco su documentación. De no haber llegado Boland, podría verse en un aprieto, ya que los aduaneros no le dejarían entrar en las pistas.

El vehículo tomó una curva sin aminorar la marcha. El aeropuerto se recortó a menos de quinientos metros.

—¡Acelere, amigo!

El conductor ya no le hacía caso. O bien se trataba de un maniático o de un viajero que llegaba con los minutos contados.

Antes de que echase el freno, ya el joven había abierto la puerta y se lanzaba a todo correr al interior del edificio.

—¡Eh, amigo! ¿Es que no piensa pagarme?

Su entrada en la salita de viajeros coincidió con las primeras palabras que la locutora transmitía mediante el altavoz.

—Atención, señores pasajeros. Faltan diez minutos para que salga el avión rumbo a Lisboa, París y Viena. Ocupen sus asientos... Por favor, ocupen sus asientos.

Aqué! era el avión que buscaba. Echó a correr pasillo adelante, hacia las pistas. Como supusiera, los de la puerta le detuvieron.

—Soy agente del

F. B. I.

—explicó el joven—. Voy tras un asesino que pretende escapar en el avión de Viena.

—Documentación, por favor —exigió uno de ellos.

Alan le apartó el brazo de un furioso manotazo.

—¡Al diablo la documentación! ¡Tengo prisa!

Traspasada la barrera, salió a la pista. No le costó trabajo identificar al avión. Los pasajeros, tal como ordenara la locutora, se disponían a ocupar sus asientos.

Dos agentes, mientras, avisados por los de la puerta, habían salido en pos de él.

—¡Deténganse! —gritó el joven, dirigiéndose a los pasajeros.

Muchos de ellos se volvieron. Otros, extranjeros acaso, siguieron su camino. Entre los rostros que le miraban ahora, Alan descubrió el de Lewis Hoblay. El calvo propietario del *cabaret*, al descubrirle, ahogó una exclamación de sorpresa y echó a correr.

Alan iba desarmado. No podía detenerle. La llegada de los policías fue providencial. Señaló con el dedo al que escapaba, al tiempo que decía:

—¡Aprésenlo! Soy agente federal.

Los policías le creyeron, máxime al ver que Lewis Hoblay trataba de ponerse a salvo.

Salieron tras él, intimidándole a que se rindiera.

Boland y sus hombres acababan de aparecer en la pista. El inspector se dirigió hacia Alan, que en aquel instante había descubierta a su presa.

Unos metros más allá, dos enfermeros transportaban una camilla. El que iba en ella llevaba el rostro cubierto de vendas, de forma que sólo eran visibles sus ojos. Una manta le cubría el resto del cuerpo.

Alan se percató de la presencia de su superior. Se lanzó hacia la camilla, al tiempo que gritaba:

—Sígame, inspector.

Pero el hombre de la camilla se había dado cuenta de lo que ocurría. Echó a un lado la manta, dejando al descubierto el cuerpo, también vendado, y saltó al suelo.

Los enfermeros, percatados de que algo no iba bien, emprendieron la fuga.

Alan no dejó que «la momia» utilizase la pistola que empuñaba. Se plantó ante ella y le propinó un violento puñetazo, para en seguida, de una patada, desarmarla.

Luego, rápidamente, en un veloz movimiento de mano, aferró las vendas del rostro y las arrancó, dejando al descubierto la cara y parte de la cabeza.

Detrás de él, el inspector Boland lanzó un grito de sorpresa.

—¿Es que te has vuelto loco, Alan?

Se volvió.

—No, inspector; no estoy loco.

Boland abrió los ojos.

—¡Si es Noel Plowman!

En efecto, el rostro de Noel Plowman, el agente fallecido, asomaba por entre las vendas.

Aprovechando aquellos momentos de indecisión, se hizo con la pistola y apuntó al joven.

—¡No es Plowman, señor, sino el profesor Folker Walzer!

Boland no comprendía nada. Sorprendió la acción de Plowman y avisó al joven.

—¡Cuidado, Alan!

El aludido se dejó caer. La bala pasó rozándole la cabeza. Plowman, al ver fallido su intento, escapó.

—¡Dispare, inspector! Le repito que no es Noel.

Pero Boland estaba desconcertado. El mismo vio el cadáver de su agente. ¿Cómo se explicaba que apareciese allí?

Alan corría ya tras el fugitivo, que buscaba el refugio de uno de los hangares.

Le había sacado unos metros de ventaja. Además, llevaba un arma. En cambio, él carecía de ella.

Plowman desapareció por la puerta. Alan no dudó en hacer lo propio. Apenas cruzar el umbral, dos balas se clavaron a sus pies.

Se venció hacia un lado y buscó a su enemigo. Estaba sobre el

ala izquierda de un avión y se disponía a abrir la carlinga.

—¡No escapará, Walzer! —le gritó.

—Ven en mi busca, maldito —fue la respuesta.

No lo dudó un solo segundo. Salió de su escondrijo y corrió hasta situarse debajo del ala, precisamente sobre la que estaba Walzer.

Éste, llevado de su nerviosismo, hizo un nuevo disparo. Al instante, terminó de abrir la carlinga y quiso introducirse.

Una mano de hierro se le aferró al tobillo derecho. Quiso revolverse, disparar, pero la mano fue más rápida. Retorció la extremidad y el de arriba, tras corta vacilación, se precipitó al suelo.

La caída le hizo perder definitivamente la pistola. Por fortuna para él, cayó de espaldas, por lo que el golpe, mortal en otras circunstancias, apenas representó más que un simple magullamiento.

Alan se proyectó hacia él como una catapulta. Pese a que no podía mover el brazo izquierdo, tenía la certeza de dominar a su enemigo. Le impulsaba a ello una rabia sorda.

Walzer repelió el ataque y pasó a dominar la situación. Percatado de la inferioridad física del joven, se echó sobre él y trató de aterrarle el brazo inútil.

Alan le detuvo de un preciso derechazo al pómulo. Quiso repetir el golpe, pero ya Walzer retrocedía.

Se observaron fijamente. El aspecto de Walzer, en otro momento, hubiese movido a risa. Las vendas habían comenzado a descolgarse, lo que le daba apariencia de muñeco de guiñol.

—¡Cerdo asqueroso! —bramó el profesor.

Alan se preguntaba por qué no acudía en su auxilio el inspector Boland.

Walzer le envió un duro izquierdazo. En seguida, en una serie tan veloz como contundente, le llegó al cuerpo con ambos puños.

Y antes de que Alan pudiera reaccionar, logró cogerle el brazo inútil, principiando a retorcérselo.

Un grito escapó de sus labios. Quiso resistirse, pero las fuerzas no le respondieron. En última instancia, cuando el dolor era más insufrible, se lanzó al suelo y mandó a su rival a varios metros, en un volteo de consumado gimnasta.

Pero Walzer no estaba dispuesto a dejarse cazar fácilmente. Sabedor del punto flaco del agente, tornó a la carga con nuevos ímpetus.

Alan tampoco estaba para perder el tiempo. Se imponía terminar cuanto antes. Recibió a su oponente con una patada. Luego, le alcanzó con un rodillazo en la entrepierna.

Walzer quedó en tierra, dolorido.

—¡Traidor! —Escupió.

—Ríndase.

El otro se puso de rodillas trabajosamente. Todo su afán de pelea había desaparecido. Al menos, su aspecto daba esa impresión.

Terminó de ponerse en pie.

—Está bien. Tú has ganado...

Se tiró hacia el agente de cabeza, buscando el estómago.

Pese a que Alan fintó, no pudo evitar la colisión. Notó que todos sus músculos se relajaban, que le faltaba aire.

El puño de su rival se estrelló en sus narices. Trastrabilló, medio atontado, y extendió los brazos, en movimiento instintivo, para sujetarse.

Walzer no dejó escapar la oportunidad.

Atenazó de nuevo el brazo izquierdo y lo retorció salvajemente, apretando con toda la fuerza que le daba su odio.

Al joven se le nubló la vista. Lanzó un ahogado grito y terminó por inclinar la cabeza.

Estaba fuera de combate.

Walzer lanzó un grito de triunfo. Sin detenerse a recoger la pistola, subió al ala y pasó a la carlinga.

Poco después, el zumbido de los motores atronaba el ambiente.

Conseguiría escapar. Ya nada podía impedirselo. Una vez que estuviera en el aire, que salieran en su busca. Sabría defenderse. No en vano, allá en su patria, pasaba por ser un magnífico piloto.

De repente, su rostro se oscureció. Boland y sus hombres, armados de metralletas, acababan de aparecer en la puerta.

Vio que el inspector movía los labios, pero el ruido de los motores no le dejó escuchar.

Efectivamente, Boland, una vez recuperado de su sorpresa, llegó a tiempo de presenciar la maniobra del que él creía Plowman.

—¡Ríndase! —repitió.

El avión se precipitó hacia ellos. Uno de los agentes, sin perder la calma, enfiló la metralleta hacia la cabina del piloto.

La ráfaga atravesó el cristal, agujereó el depósito de la gasolina e interesó una de las alas.

Walzer, también alcanzado, perdió el control de los mandos. El avión, a regular velocidad, cruzó la puerta y se deslizó por la pista.

A los cincuenta metros, sin embargo, se venció de un lado y se precipitó de morro contra el cemento.

En seguida, una violenta explosión lo lanzó por los aires, destruido por completo.

Boland ayudó a que Alan se recuperase. Cuando abrió los ojos, el inspector murmuró:

—Ha sido un trabajo magnífico, muchacho. Pero ¿quieres explicarme de una maldita vez este embrollo?

El joven sonrió. Se puso en pie. Mientras el médico del aeropuerto examinaba su brazo, explicó:

—Es largo de contar. Lo haré en el despacho.

CAPÍTULO XI

Boland se retrepó en el asiento y miró al joven que, con el brazo escayolado, parecía estar poniendo en orden sus ideas antes de hablar.

Eran las cinco de la tarde. Fue preciso aplazar la entrevista, ya que el médico recomendó que se enyesara el brazo sin pérdida de tiempo.

—¿Duele? —se interesó el inspector.

—No. Antes de poner la escayola me inyectaron novocaína. Se pondrá bien en quince o veinte días.

—No tengas prisa. Te has ganado un buen descanso... En fin, me tienes impaciente por conocer la versión de los hechos.

—Lo supongo. Habiendo visto el cadáver de Noel, no me extraña que se asombrara tanto en el aeropuerto.

Ladeó el brazo útil y se pellizcó el mentón.

—Me remontaré al principio, señor. Todo comenzó cuando el profesor Folker Walzer escapó de un campo de concentración y, tras muchas peripecias, pudo llegar a nuestro país. Sin embargo, no hubo tal huida, sino que Walzer era un espía. La fuga se la prepararon para allanarle el camino que le traería aquí.

—Entiendo.

—Llegado que fue, se puso en contacto con Lewis Hoblay, propietario de «Blue Harris», también espía. Walzer le explicó a lo que venía, a conseguir cuantos secretos atómicos le fuera posible. Para ello, estaba dispuesto a trabajar en cualquier centro de experimentación. Confiaba que nuestro gobierno le designase para un puesto de envergadura, tal como había hecho anteriormente con otros colegas que pasaron sus mismas vicisitudes, sólo que de verdad.

Se detuvo y miró a Boland. Éste escuchaba con atención.

—Pero nuestro Gobierno, como sabe, no es de los que se precipitan. Ciertamente que Walzer era un genio, pero había que convencerse de su adhesión a los Estados Unidos. Entonces, con muy buen criterio, le designaron para desempeñar un puesto sin importancia, en un lugar donde, en caso de ser espía, no pudiese obtener secreto alguno... De todos estos datos me he enterado hace unas horas, señor.

—Sigue.

—Es en este instante cuando Lewis Hoblay, ante la contrariedad, decide atraer a su garito a un miembro del F. B. I.

¿Móviles? Lisa y llanamente, apoderarse de la credencial del citado miembro y falsificarla, para así tener entrada libre en todos los centros de experimentación. ¿Qué hace para conseguirlo? Le envía a usted un confidente tras otro. Y usted decide mandar a Noel Plowman para que investigue.

—¿Cómo supieron que era él y no otro el hombre mandado por mí?

—Fácilmente. «Blue Harris» tiene un público «*sui generis*». Una cara nueva no pasa nunca inadvertida. Noel, pues, quedó localizado en cuanto entró. Luego, quizá aquella misma noche, fue hecho prisionero y sometido a duras pruebas, tan duras que cantó de plano. Y una de las cosas que dijo, fíjese bien, fue que estaba designado para asistir a la prueba del avión atómico, prueba que, como recordará, se suspendió.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Walzer creyó llegada su oportunidad. El camino se le ofrecía despejado. Adoptando la personalidad del agente, podría presenciar la prueba. Decidió desaparecer de forma que nadie se alarmara. Y se inventó el accidente de automóvil, así como las graves quemaduras en el rostro y en el cuerpo. ¿Qué conseguía con esta treta? Que nadie pudiera saber si era él ciertamente, ya que debía estar vendado como si fuese una momia.

Boland le oía con ojos en los que se reflejaba la admiración.

—Pero se trataba de otro. El suplantador se recluyó en una finca de campo junto con un falso médico, el cual prohibió toda clase de visitas. Mientras, Walzer obligó a Noel a llamarle por teléfono,

diciéndole que había descubierto una pista y que se tomaba unas vacaciones para investigarla. Todo estaba perfectamente calculado. Noel y Walzer se trasladaron a un lugar desconocido, quizá a Gettysburg. Y allí, en pocos días, un cirujano cambió la faz de Walzer por completo y le dio una nueva cara: La del propio Noel, que sirvió de modelo.

—¡Jamás lo hubiese sospechado! —bufó Boland.

—Sí eras lo sospeché, señor. ¿Recuerda que encontró raro a Noel al regresar de sus vacaciones?

—Sí, pero...

—El verdadero quedó en manos de Lewis Hoblay y sus esbirros. Y Walzer, convertido en el falso Noel, vino a verle. Usted le designó para la prueba, lo mismo que a mí. Y acudimos. Yo también le encontré raro. Fumó mucho, dio muestras de nerviosismo. Hasta más tarde no comprendí. Fue al regresar. Noel ya no les servía de nada y lo asesinaron. De haberlo hecho antes, cualquier forense hubiera fijado el día y la hora en que murió y todos sus planes habrían fracasado. Entonces, me designó para investigar. La primera noche intentaron matarme. El hecho me parecía increíble. ¿Cómo habrían sabido mi identidad? Y la respuesta no podía ser más fácil: Mediante el falso Noel. Más tarde, caí prisionero. Fue una trampa bastante burda. Se valieron de una trotacalles elegante.

—¿Y Dorys? —Medió el inspector.

—Se le ocurrió seguirme la primera noche y volvió al día siguiente. Antes estuvo en la finca donde se hallaba el falso Walzer, disfrazado de momia. El profesor, al verla, pensó que investigaba en los dos frentes y decidió raptarla. Dorys, a sus ojos, era un grave peligro.

—Igual que tú. ¿No?

—Por el estilo. Cuando caí en sus garras, hablé con Lewis Hoblay en su despacho. Involuntariamente, hice un descubrimiento. Sobre la mesa estaba el encendedor de Noel, el que tantas veces le viese durante la prueba. No sospeché nada, ni establecí relación alguna. Me llevaron al sótano y decidí escapar. Me encontré con Dorys. Con su ayuda conseguí salir de allí. Una vez en su casa, comenzó a contarme cómo la capturaron. Y me extrañé. No tenían motivos para hacerlo. Habló ella a renglón seguido de la entrevista que pensaba hacerle al profesor Walzer... Y caí en la clave del

misterio. Me di cuenta que bastaba relacionar un hecho con el otro para esclarecerlo.

—¿Por qué me avisó que fuera al aeropuerto? ¿Acaso sabía que el falso Noel, o el profesor Walzer, marchaba a Europa?

—Me lo dijo Dorys. Walzer iba a Europa, a Viena, concretamente, para ser operado. Ya no tuve duda alguna que mis suposiciones eran ciertas. Le avisé... y el resto lo sabe tan bien como yo.

Boland exhaló un suspiro de satisfacción.

—Estoy orgulloso de ti, Alan. Has conseguido salir triunfante en uno de los casos más difíciles que se nos han presentado.

—Era mi obligación, señor.

Se puso en pie y se preparó para salir.

—Un momento, muchacho.

—Diga, señor.

—Se te olvida decirme lo que representa el encendedor en todo el asunto.

—¡Ah! Servía para encender cigarrillos..., pero también para hacer fotos. Una máquina fotográfica en miniatura. El profesor Walzer fotografió todos los croquis explicativos del mecanismo de funcionamiento del avión atómico. Menos mal que de nada le sirvió.

Salió definitivamente.

Había anochecido. La noche se presentaba oscura y fría. Metió la mano libre en el bolsillo y echó a andar.

—¡Alan!

Dorys, más bella que nunca, a bordo del imponente automóvil, le esperaba.

—Sube. No me digas que tienes trabajo. Por una temporada estarás libre.

Se acomodó a su lado. Mientras ponía en marcha el coche, le tendió el periódico.

—Es la primera edición de la noche. Hay una noticia en primera página que te interesará.

Dio con ella en seguida, pues venía en letras mayúsculas. Un simple título hartó substancioso.

Rezaba así:

«Dorys Sterke, la multimillonaria, contraerá matrimonio en breve. Su futuro se llama Alan Nalder».

Lo depositó a un lado.

—Pero... Yo creo que...

Ella echó el freno.

—¿Vas a volverte atrás ahora? Di, ¿serías capaz de hacerme pasar por un ridículo semejante? ¿Es que ya no recuerdas lo que ocurrió en el sótano?

Alan puso cara de bondad.

—Total, por un beso...

—Hay besos que se pagan caros... Pero si no me quieres, todavía estás a tiem...

No pudo seguir. El joven la atrajo hacia él y la besó fuertemente en la boca.

Algunos transeúntes se detuvieron a contemplar la escena. Otros continuaron su camino, presurosos.

FIN

Alf. Regaldie

LA MUERTE OS SALUDA



Precio:
7 ptas.

Aparecerá la próxima semana
en esta misma colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



**Una nueva colección
que sólo publicará éxitos**

Los mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA S. A.

COLECCION



**PUNTO
ROJO**



Las mejores novelas de
acción, de horror y
de misterio

Precio: 7' - ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A



MINI

libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION
CIRCULO ROJO



Los archivos po-
liciacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLEC. "PIMPINELA"

823 — Corín Tellado
ES ESTE MI MARIDO

COLEC. "MADREPERLA"

729 — Isabel Salasña
UNIDOS POR LA FE

COLECCION "ROSAURA"

673 — María Adela Durango
RULETA A LAS
DOCE TREINTA

COLECCION "ANAPOLA"

560 — Ana Marcela García
CON DESTINO CAMBIADO

COLECCION "ALONDRA"

494 — Carlos de Santander
MALDITO ERROR

COLECCION "CAMELIA"

435 — M. Esperanza Neyra
PEQUEÑA HADA

COLECCION "CORAL"

117 — Corín Tellado
EL RECUERDO
DE AQUEL DIA

COLECCION "CORAL"

229 — Corín Tellado
EL CAMBIO DE MI VIDA

COLECCION "CORAL"

3 — Corín Tellado
EL DESTINO TIENE
LA PALABRA

COLECCION "BISONTE"

774 — A. Rolcast
OPENSIVA CONTRA
LA LEY

Col. "SERVICIO SECRETO"

638 — Joe Mogar
MI PROPIA LEY

COLECCION "BUPALO"

471 — Alf. Regaladie
UNA CIUDAD CORROMPIDA

COLECCION "TEXAS"

339 — Meadow Castle
SMITH, EL MATADOR

COLECCION "CALIFORNIA"

318 — M. Lafuente Estefanía
BOCA QUEMADA

COLECCION "COLORADO"

262 — M. Lafuente Estefanía
PESTEJOS SANGRIENTOS

COLECCION "KANSAS"

229 — Clark Carrados
EL TERCER SHERIFF

Col. "HEROES DEL OESTE"

311 — M. Lafuente Estefanía
RURAL Y PISTOLERO

COL. "ASES DEL OESTE"

181 — Keith Lager
NO TENGO ARMAS

COLEC. "BRAVO OESTE"

31 — R. C. Lindsmall
LA MUERTE CITA
EN MELVILLE

COLEC. "PUNTO ROJO"

37 — Tom Argo
HA GRITADO UN CADAVER

Col. "SEL. SERV. SECRETO"

5 — Fred Gorhan
CRUCIGRAMAS
SANGRIENTOS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 1 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



N.º 1532

John Wayne

Marion Michael Duke Morrison, nació el 26 de mayo de 1907 en Winterset (Iowa). Ha interpretado un gran número de películas, entre ellas: "Centauros del desierto", "El Alamo", "Río Bravo", "Alaska, tierra de oro", etc.



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 pes. • Impreso en España • Printed in Spain